

6

CENTRO

Revista del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras

SEPTIEMBRE DE 1953

Buenos Aires

CENTRO

El Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras, afiliado a la Federación Universitaria de Buenos Aires, edita la Revista "CENTRO", cuya aparición, prevista en los estatutos de la entidad, tiene por objeto ofrecer lugar de publicación a los trabajos intelectuales de todos los alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras.

Las colaboraciones se seleccionarán de acuerdo a la calidad literaria y pueden versar sobre distintos temas. Se aceptarán ensayos, poesía, cuentos, notas, comentarios bibliográficos, etc., debiendo remitirse los trabajos a la secretaría de esta Revista.

Las colaboraciones deben ser enviadas bajo sobre cerrado, en tres (3) copias escritas a máquina con margen y dos (2) interlíneas, firmadas con seudónimo y el nombre en sobre aparte.

COMISIÓN DE REVISTA

Selección de trabajos

<i>Rodolfo Borello</i>	<i>Ana Beatriz Ilstein</i>
<i>Adelaida Gigli</i>	<i>Adolfo Prieto</i>
<i>Ana Adela Goutman</i>	<i>Ismael Viñas</i>

Avisos y distribución

<i>Noelia Bastard</i>	<i>Oscar Masotta</i>
<i>Beatriz Baqueiro</i>	<i>Carlos Villar Araujo</i>
<i>Susana Maggiora</i>	

SECRETARÍA: Recuero 2701 - (63-3261)

Los originales no se devuelven. No se mantiene correspondencia acerca de las colaboraciones recibidas. La responsabilidad de los juicios emitidos queda a cargo de los autores.

Precio de venta de este Número: m\$.n. 5.— el ejemplar.

Condiciones de suscripción por 4 (cuatro) ejemplares:

Argentina	18.— m\$.n.
Sudamérica	20.— m\$.n.
Norteamérica	3.50 dólares

La reproducción de los trabajos contenidos en el presente ejemplar sólo será posible mediante autorización previa.

FILOSOFÍA
LITERATURA



HISTORIA
LINGÜÍSTICA.

LIBRERÍA VERBVM

VIAMONTE 427/20 T. E. 31-2793
BUENOS AIRES

WILDENSTEIN

ARTE S. A.

FLORIDA 914

**DISCOS • RADIOS
MUSICA**

CASA

Lottermoser

S. R. L. Capital \$ 250.000
La Casa de Música Más Antigua de la República

RIVADAVIA 851

T. E. 34-4900/1

Sutorio de Maserejian

ARTICULOS
PARA DANZAS

CORDOBA 960

T. E. 31 - 8057

PUNAPRINT

Impresiones

Circulares a Mimeógrafo
Impresiones en general

PUNA 3541

T. E. 26-4732

Dos Diccionarios Importantes de la Sección Filosofía

English, H. B. — DICCIONARIO MANUAL DE
PSICOLOGIA.

Con esta obra viene a llenarse una sentida necesidad para la consulta diaria de estudiantes y profesores. La labor de definición terminológica preocupó a más de un psicólogo y fué emprendida afrontando las dificultades propias de los primeros encaramientos. Con este libro los interesados salvarán las dificultades terminológicas que constituyen uno de los principales obstáculos para la comprensión de la psicología.

E. \$ 90.—

Lalande, A. — VOCABULARIO TECNICO Y CRITICO
DE LA FILOSOFIA.

Por primera vez en español esta importante obra publicada por la Sociedad Francesa de Filosofía bajo la dirección del profesor de la Sorbona, André Lalande.

Este vocabulario filosófico define los términos usados no solamente en Lógica, Moral, Ética y Filosofía General o Metafísica, sino también los usados en Psicología y Sociología, y, por intermedio de ellas, los de Biología, Derecho, Historia y Ciencias Económicas. Por su índole, ha de ocupar un importantísimo lugar dentro de las obras de consulta vertidas al castellano, ya que su versión en nuestro idioma, cuidada y de absoluta fidelidad, transmite la misma esencia que su autor imprimió al original francés.

E. \$

LIBRERIA **EL ATENEO** EDITORIAL
FLORIDA 340 • BUENOS AIRES • CORDOBA 2099

Lionel A. C^{PUZ}
Calzado para bebés

NELT SERVICE

*Lavarropas y Heladeras
Mecánica general y Pintura*

Oficina: LAVALLE 4201, 6° p. B
T. E. 86 - 8827

DONACION

DONACION

DONACION

S. FERMAN y Cía.
CONTADORES AUDITORES

CERRITO 1140

WILSON HERSCHELL
ABOGADO

MORRIS AZAR
CONTADOR PUBLICO
NACIONAL

HECTOR N. MASE
CONTADOR PUBLICO
NACIONAL

LEONOR MANZANO
CONTADORA PUBLICA
NACIONAL

GRINSPUN - GARCIA TUDERO
CONTADORES PUBLICOS

SARMIENTO 632. Of. 6

T. E. 30 - 2237

TOMAS CRUDOT

IMPORTACION

JULIO A. ROCA 714

30 - 1240
30 - 5662
33 - 9147

CENTRO

Está en venta la colección
completa de "CENTRO"

Números sueltos del 1 al 5 . . . \$ 35.-
Encuadernado \$ 50.-

CENTRO

Revista del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras

Inaugura una colección de ensayos, poesías, cuentos y novelas que será labor paralela a la publicación de la revista.

De este modo CENTRO ofrece a los noveles escritores universitarios, la oportunidad de dar a conocer sus trabajos.

ISMAEL VIÑAS:

EL LIBRO DE JUAN FERNANDEZ

Este libro de poemas es un monólogo que surge con insistencia machacona, quejumbrosa y varonil; lacerada, sangrada por las limitaciones del hombre. A algunos puede sorprenderle ingratamente su impudor, y a los más, importarle reconocer una voz de prójimo auténtico. Su autor nació en 1925. Ha escrito bastante; ha publicado poco. Tiene mucho que decir.

Precio del ejemplar: \$ 5.—

RAMÓN ALCALDE:

HERMANN HESSE: SU VIDA Y SU OBRA

El presente ensayo es una ampliación de dos artículos aparecidos en los números 1 y 2 de la revista. Su autor, Ramón Alcalde, ha completado el análisis temático con un esbozo biográfico y un examen de la técnica novelística de Hesse.

La comparación entre los temas de sus novelas y las peripecias de su vida interior, tal cual la conocemos por sus CARTAS, demuestra cómo concibe Hesse la creación artística.

El trabajo incluye una bibliografía crítica, que abarca todas las obras de Hesse, los principales estudios críticos y otras fuentes bibliográficas.

Bono de suscripción \$ 8.—

Otras publicaciones del Centro de Estudiantes de Filosofía y Letras

Crestomatía Griega para 2° año (Programa 1953)

Primera parte: Socios \$ 3.- No socios \$ 5.-
Segunda parte: Socios \$ 2.- No socios \$ 3.-

Bosquejo para una teoría de las emociones, de Jean Paul Sartre (traducción de un capítulo). Socios \$ 2.- No socios \$ 3.-

Fenomenología de la percepción, de Merleau-Ponty (traducción del capítulo: "la sensación")
Socios \$ 2.- No socios \$ 3.-

En preparación: Crestomatía Griega para 2° año (tercera parte).

Sintaxis griega, de Humbert.

En venta en VIAMONTE 429

CENTRO

AÑO III

SEPTIEMBRE 1953

NUM. 6

En repetidas ocasiones hemos hablado del objetivo de CENTRO, tantas veces como el desconocimiento o la desconfianza nos obligaron a reunir en una síntesis —siempre breve—, todo lo propuesto y todo lo posible, aquello que tan próximo nos parecía, que creíamos inútil aclarar.

Hoy aquel desconocimiento y aquella desconfianza no pueden ser ya actitudes ingenuas y prevenidas, sino voluntarias y sistemáticas.

El comentario implacable nos ha seguido de cerca a lo largo de estos dos años, surgido entre los extraños al ámbito universitario y entre los compañeros, que desde la plaza se sienten eximidos de actuar porque la acción compromete y define (¡hasta cuando creerán que el ejercicio de la personalidad les reduce el ímpetu cósmico que les ha insuflado la adolescencia!).

CENTRO nació para estar en crisis, evidenciarla, agotarla y volver a vivirla.

Esto como cualquier actitud natural se muestra sin justificaciones, ni renuncias, ni fraudes. Lleva consigo la verdad que creamos a diario con nuestras posibilidades y la realidad.

CENTRO apareció para salvar un momento —momento tan largo, que ya ha anclado en varias generaciones— en el que éramos conscientes de un aislamiento falsamente desconocido, de una pobreza de comunicación con el vecino, de un ambiente de transigencias y constantes afasias, de palabras mezquinadas y controladas, de inciertas vocaciones y futuros oficializados.

De tantas situaciones que nos dolieron a poco de entrar

en la facultad.

Cierto es que nunca hemos afirmado que este lugar nos perteneciera gratuitamente: lejos de nosotros olvidar situación general.

Pero creemos que si los hombres se unieran vocacionalmente y se ocuparan de hacer sus vidas en el ámbito elegido, sin dejarlas a nadie; y cruzaran el mundo como la vida propia, sin mentirse heroísmos, ni martirologios, sin reverenciar sus mutuas lacras, con la tan verídica aspiración de genuidad, que es finalmente un modo de la felicidad. Entonces esto que hoy intentamos hacer en CENTRO, podría abarcar más solitarios, más asépticos y escépticos, más patrias, más extraviados.

Los que trabajamos en CENTRO intentamos sacudir a los dormidos en la maquinaria mellada del examen y las clases siempre iguales, para que reflexionen los que por alguna razón personal han elegido esta carrera y no otra.

CENTRO quiere agrupar en su torno y vivir con los que están preparando sus armas y aún no se han decidido a salir a la calle y hablar en voz alta; y si el oficio mudo es entonces el juego de moda, mantener lo mejor a instancias de los pocos y los menos, que nunca dejarán de existir.

CENTRO quiere reunir a los jóvenes que comienzan. a los que finalizan y a los que alejados ejercen la prédica del ejemplo.

Con una constancia que abarque la magnitud de la fe, puntualizando la armonía entre la capacidad y la exigencia.

Por todo ello y mucho más, CENTRO no aspira a ser una revista literaria, a ser una revista especializada, y menos a ser una revista de los que no tienen nada que hacer, nada que decir y nada que querer.

CENTRO es la revista de los alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, publicada por el Centro de Estudiantes —de larga tradición en la vida universitaria del país— que es y será finalmente todo esto que nosotros y los que nos sigan, propongamos fecundar en ella.

Hacia una biografía de Sarmiento

ADOLFO PRIETO

a Elena Iarma.

La identificación de historia y biografía, hallazgo sarmientino, encandiló y encandila con sus grandes posibilidades de método a los investigadores de nuestro pasado. Alrededor de Facundo, Rosas, Belgrano, San Martín, se ha pretendido aglomerar la sustancia histórica, como si ellos, por sí mismos, fueran un hueco incomprendible, partiéndose para su entendimiento de afuera hacia adentro, de la historia del país a la historia de sus vidas, o convirtiendo en símbolo ecuménico de la realidad exterior, a zonas parciales de una existencia individual.

De este sistema es fácil deducir una consecuencia: que el juicio que la historia del país merezca en el ánimo del historiador repercutirá inexorablemente como un juicio irrevocable sobre todos los actos del biografiado. Facundo no podía salir de la pluma de Sarmiento sino como se lo perfilaba la propia visión de la realidad nacional. Punto de partida de una limitación evidente, porque si bien es cierto que un hombre puede ser símbolo de una época o una comunidad, es más cierto aún que no hay época ni comunidad que calcen exactamente con el universo del individuo más simple. ¿Y qué hacer con los contenidos que se excluyen en el ajuste?

Sarmiento inició con *Facundo* un tipo de biografía que dió grandes resultados para el conocimiento del país, pero puso una horma sobre la existencia de su héroe, y conformándola a la realidad social que en cierto modo representaba, nos escamoteó para siempre sus verdaderas dimensiones. Sarmiento ha devenido víctima del mismo sistema, y en el meridiano del siglo 20, con ser muchas las obras dedicadas al estudio de su vida, no hay una sola que sea una real biografía, en el sentido que modernamente se le concede al término.

Cierto, que la tarea es difícil para un argentino. En nuestro

país se pertenece a uno de los dos sectores en que se divide la historia nacional desde su raíz, casi con la misma fatalidad con que se nace introvertido o extravertido, aristotélico o platónico y miramos al pasado desde la perspectiva del sector en que estamos insertos. Rosas y Sarmiento son las figuras símbolos de esa dicotomía y sobre ellos recaen comunmente la bomba de alquitrán o el elogio encendido: jamás la pura simpatía humana, el gesto cordial, el afán apaciguado de entender.

La realidad existencial de Sarmiento es hoy un fantasma que se confunde con la tajante opinión que nos merezca la realidad del país. No hay carne, ni huesos, ni nervios; hay sólo una acción, una actitud responsable de lo que somos y de lo que no somos, y enjuicamos esa acción y esa actitud (engranadas en un complejísimo universo personal), desde la posición comprometida que nos dicta lo que creemos ser y lo que queremos ser.

Autores hay que presumen de imparciales y objetivos porque aducen acopio de hechos y anécdotas contradictorios. El perfil de Sarmiento no se afina con ello; se confunde aún más, porque los hechos contradictorios no encuentran su conjugación y común denominador en *el hombre Sarmiento*, sino en *el hombre autor de una vida de Sarmiento*. Así para unos la trillada cuestión de Magallanes es argumento de oprobio insoluble, engarzada en el rasero de una actitud antisarmientista, y ella sola pesa más que toda la acción empeñada por el sanjuanino en favor de la patria. Para los que están del otro lado, es una simple flaqueza, una débil quiebra en el impulso del luchador colosal.

Unos se enrojecen ante el increíble vanidoso y ególatra; otros se conmueven ante el espectáculo de su desinterés. Nadie explica satisfactoriamente la paradoja de un Sarmiento empeñado en educar al soberano que desprecia olímpicamente al soberano; la de un gobernante autoritario que se pasó media vida combatiendo el autoritarismo. Y lo que es singular, todos nos adelantamos a enfocar los 77 años de su vida, desde el vagido inicial a la agonía, en función exclusiva de su actividad pública, sin detenernos, como no sea con el afán de la anécdota sabrosa, en otros aspectos de la parábola vital, de donde sólo acertamos a conocer —y ya sabemos con qué probabilidad— una sola faceta de ella, bien que sea la más importante y la que más nos interesa.

Nadie es filósofo las 24 horas del día; nadie apunta la totalidad de la existencia a un único objetivo, y los hechos secundarios, ocultados y hasta olvidados condicionan y explican los he-

chos importantes. Ya dijo Goethe que la vida importa por la vida misma y no por sus resultados; nosotros juzgamos a placer los resultados y entramos a saco en la vida misma para elegir o desechar los materiales que convengan a los resultados entrevistos, paradójicamente, a priori.

Martínez Estrada, que con su acostumbrada perspicacia destacó la identificación de historia y biografía, incurre ejemplarmente en su *Sarmiento*, en la misma limitación. (Bien que no se haya propuesto cabalmente una biografía. De los que se la propusieron, no vale la pena hablar).

Y ahí están los 50 tomos de las obras completas, con abundante material autobiográfico, el testimonio de los contemporáneos, las huellas casi del viejo gruñón que caminó estas mismas calles no hace mucho más de medio siglo, esperando la voluntad, la inteligencia, el ánimo cordial del investigador que quiera reconstituir al *hombre* Sarmiento. Empezar tal obra no sería un homenaje: sería sencillamente una obligación.

EDUARDO MALLEA

ISMAEL VIÑAS

Tratar de establecer las notas fundamentales de la obra de Mallea, tratar de valorarla y de verla en su justa perspectiva, no es tarea fácil. Muchas son las causas de esa dificultad. Se trata de un autor cuya obra exige un amplio rastreo, y no tan sólo por ser voluminosa. Es, además, un escritor vivo, cuya producción no tenemos muy seguro derecho a dar por cerrada. Aún más, pertenece a una época estrechamente cercana, casi la misma en que vivimos, tanto en el tiempo como en las preocupaciones. No es que, únicamente, hayamos recibido las consecuencias de la época de Mallea —lo que sucede en diversas medidas con todos los antecesores— sino que, estrictamente, estamos viviendo casi su mismo clima. Los hombres de esa generación no sólo son nuestros contemporáneos, sino que permanecen en el escenario cultural, llenándolo casi absolutamente con su presencia: obras, problemas, soluciones, posesión material del foro. Sus eventuales sucesores, prácticamente no existen. Los llamados directamente a tal misión, la problemática generación del 41, no han tenido ni la talla ni el vigor necesarios para su tarea. Su obra, en el mejor de los casos, no ha sido sino caudal, no de enfrente o de apoyo. Por lo demás, los problemas en sí que afrontaron los hombres de aquella época son prácticamente los mismos que nos rodean: Ni el mundo universal, ni el ámbito local América-Argentina, han asistido a variaciones fundamentales sino de calidad, hablando en términos generales. Aun hay otro factor que pesa en estas valoraciones: De un modo también general, sentimos que los planteos que se dieron y las soluciones que se propusieron esos hombres, son equivocados; aun más, responsables por los equívocos que vivimos.

Por todo eso nuestra posición frente a ellos rara vez podrá ser imparcial. Objetiva, sí, pero no imparcial. Un aire de polémica parecerá inevitable en la mayoría de los juicios. Si alguna vez aparecemos peleando con fantasmas, más culpa, creo, habrá en el vacío poblado de mirajes, que en nuestros ojos.

Para situar la obra de Mallea es, además, inevitable una referencia, así sea muy breve, a la realidad europea y argentina del momento, y a las posturas adoptadas por el espíritu en ese clima.

Esa referencia es más imperiosa respecto a Mallea, que respecto a la generalidad de los escritores, ya que en él esa doble faz de la vida es no sólo implícita y nutricia, sino que se aboca a ella, la analiza, la discute, y la hace tema expreso de sus obras. Tanto es así, que apenas traspuestas sus primeras producciones, su obra es una larga y declarada polémica con su contorno.

El hombre, y particularmente, el artista, americano, conlleva una interna carga. Siendo su cultura, sus ejemplos, sus medios y sus formas parte del ámbito cultural europeo, se encuentra con una realidad que no es europea sino a medias. Eso lo encajona en múltiples callejones, pero especialmente en dos: por un lado, participa de la vida europea, de la cultura europea, con sus problemas complejos y viejos; por el otro, con medios casi enteramente europeos se ve envuelto en una realidad inmediata que es en parte: técnica, tradición, formas de vida, similar a la del europeo, y, en parte, diferente: geografía, historia—o falta de historia, humanidad común. Está determinado a no poder renegar de esa condición anfibia, so pena de amputar su humanidad.

El problema, explícito ya, ha sido cómo ser alguien en el sistema europeo, sin dejar de ser *nosotros* simultáneamente.

Ese ámbito europeo, en cuyo orden el hombre americano se apoya, asiste precisamente en estos tiempos —aunque el hecho proceda de larga data— a una amplia liquidación dentro de sí. En rasgos generales, dicha liquidación consiste en una demolición de sus jerarquías aceptadas, de sus ordenamientos y valores tradicionales, y en su reemplazo o renovación. En el campo del espíritu, tal fenómeno se traduce en una denuncia expresa del mundo aceptado, en una a veces feroz repulsa de sus convenciones, y, paralelamente, en la exaltación de valores nuevos, aun cuando no pocas veces sean, ya inconcientes, ya expresos retornos. A pesar de que, debido probablemente a las propias condiciones del proceso, las actitudes tomadas son tan heterogéneas como el caos que comentan, ha preponderado la acusación al orden racional y satisfecho de la burguesía individualista, una negación de su historia y de su estructura como verdaderas, y un simultáneo llamado a las fuerzas irracionales y a cruzadas trasindividuales: nación, raza, clase, y a algún fideísmo activo, aun de parte de actitudes provenientes del racionalismo.

América no deja de participar en el movimiento, como que su mundo es parte del acusado. El ver en escritores como en

los norteamericanos actuales, posturas inéditas o soluciones exclusivas, no es más que dejarse llevar por una ilusión óptica probablemente debida a la falta de visión de conjunto, al desec y a la cercanía. Cierta sensación, posiblemente justa, de que la falsedad del orden es en América de diferente grado que en Europa, y de origen y no de evolución, contribuye a esa visión miope. Y, tal vez tanto como su ignorancia, su exacerbado conocimiento multiplica el aire provinciano que padecemos.

En nuestro país, por su parte, ocurren algunos hechos que, aun parciales dentro de su vida, marcarán el tiempo de Mallea. Esos hechos, progresivamente notorios en el período 1900-1930, son profundamente complejos, y un esbozo no puede dar más que una idea algo rígida e incompleta. Configuran lo que puede llamarse el *caos de la realidad argentina*, y condicionarán en gran parte la obra de Mallea y de sus contemporáneos: Los viejos cuadros jerárquicos, que ya no responden a la realidad, pero que se mantienen en la escena por una mezcla de deliberada ignorancia y de verdadera ceguera, de cinismo y de habilidad de maniobra. Un pujante desarrollo económico que se va complicando con problemas financieros, políticos y sociales, atacado de quiebras aparentemente inmanejables. Por otra parte, nuestra vida se anuda cada vez más intrincadamente con el orbe de occidente, casi siempre en una relación de dependencia. El oleaje inmigratorio, el crecimiento de los suburbios y el rápido enriquecimiento de la burguesía, crean, por debajo de ese andamiaje, un cuadro en el que predominan el ansia de riqueza sin contrabalanceo alguno y un popularismo no pocas veces marcado de plebeyismo: tango, sainete, canyenguismo. Comienzan a pesar las masas, y a influir sobre las élites. Un movimiento popular, político, cargado de sentimientos de protesta, llega al poder. Con él, la mayor representación de la realidad, no traduce un estado de pureza, como es lógico, sino un cambio visible de tiempos. El nacionalismo se difunde en todos como una necesidad de afirmación, ya xenofobia, ya rechazo del plebeyismo y reclamación de abolengo, ya invocación sentimental o política. Sucede como si se hubiera producido una disolución de nuestra personalidad como ente cultural, como patria, y se sintiera en todos, criollos viejos y nuevos, políticos y literatos, una gran necesidad de afirmarse en un país creado a fuerza de gesto y de asentimiento, como la salida más inmediata.

La reacción de los artistas es sintomática. Los hombres viejos, los que quedan de la generación del 80, reaccionan rechazando simplemente su contorno. Algunos, con crítica expresa; otros, con la égloga circunstancialmente elegíaca. Aun aquellos que por sus ideas largamente sostenidas parecerían deber sim-

patizar, o, al menos, entender los nuevos tiempos, descubren un pasado *señorial, decoroso*, ido, pero que *debe volver* a impregnar la *historia del país*. Los de mediana edad, los más jóvenes, los que se distinguen como generaciones del 10 y del 25, colocados dentro del movimiento, tienen reacciones normalmente más complejas. Alguno que otro acepta, aun incompletamente, aun en esbozo, esa realidad. La mayoría encara, sin embargo, la solución del nacionalismo, la creación violenta de una personalidad, de una patria orgánica e inteligible en que apoyarse. La coincidencia de necesidades con Europa, los empuja en mayor o menor grado a la adopción de sus soluciones; pero nuestras propias necesidades establecen el denominador común del nacionalismo: — Del nacionalismo épico y mitificante de Lugones, a los esfuerzos esteticistas de Borges, y al folclore de relumbrón y melodrama de Blomberg o de Quirós.

No todas esas soluciones son huídas declaradas frente a la realidad. No todas son nada más que posturas o actitudes facilitadoras. Hay en ellas grados, que llegan hasta la auténtica desesperación. No todos son meros calcos de la algarada europea; ni en lo individual, tan simples como aparecen en una ojeada de conjunto. La honestidad, la inteligencia, hasta el temperamento o la posición social, complican y diversifican los caminos. El tema de la reprobación y de la denuncia, aparece aquí, nuevamente. En verdad el espectáculo no es, por debajo de declaraciones y de discursos, agradable. Que haya sido, que sea, una descomposición o un parto, es lo que habrá de saberse, y lo que justificaría algunas soluciones. Pero lo cierto es que sus caminos reeditaron, más conscientemente, rutas anteriores: compromisos a medias, medidas de seguridad, no de aceptación y riesgo.

El caso Mallea es ejemplificador. Arrepentido de sus primeros escapes de suflé más o menos hábil, decide “quemar los recursos de su taller”, abandona la literatura de juego, y se encara con la realidad. Su *Historia de una pasión argentina*, es la historia de su encuentro. Toda su obra será una larga insistencia, una prolija enumeración de ese descubrimiento, una preocupación y una denuncia.

Su actitud es directa y simple: — Mallea rechaza la Argentina que ve, ese país compuesto de logreros y de satisfechos, de políticos ineptos y de mercaderes sin grandeza, de profesores adocenados y de jóvenes desinteresados de toda intención alta. Un país que él cree sólo aparente, configurado por *la danza de unos cuantos administradores que hacen las veces de gobierno, por unos cuantos ambiciosos que hacen las veces de la acción, por unos cuantos filisteos que hacen las veces de cultura*, y que oculta y ahoga al país real. Porque Mallea no se satisface con

la sola descripción de nuestra realidad patológica. Así como otros se refugian de ella en construcciones nacionalistas o huyen hacia el desinterés esteticista, él intenta algo más: Descubrir la realidad que yace debajo de lo que denuncia. Aquí da su primer salto: intuye, supone, que además de esa realidad aparental, existe una patria distinta, formada por hombres callados e ignorados, que posee todas las cualidades que a la aparente le faltan.

Además, propone sacudir la inercia que permite ese estado de cosas, "sacudir y levantar el vuelo", poner en acción las virtudes que supone existen en el país, en este "gran pájaro adornado".

Su obra gira casi exclusivamente sobre esos tres temas centrales. En sus ensayos abunda esa nota de acusación, y de ella parte hacia las otras. En sus novelas, la descripción de síntomas acompaña a la de personajes que los simbolizan.

Lo primero que cabe observar, es que, indudablemente, Mallea es una de nuestras pocas voces que se animan a expresar un estado de ánimo general: el desagrado por los rumbos que había tomado el país, culturalmente corrompido e inerte. Esa valentía hará que, probablemente, su obra sea una de las pocas que perduren, y una de las poquísimas que impongan algún respeto, no sólo a la actualidad, de todo lo producido contemporáneamente. Pero eso no justifica más que una intención. Juzgar, además, de sus valores intrínsecos, es determinar otras exigencias que Mallea no ha cumplido.

Como visión de la realidad, como denuncia de la misma, su planteo no parece pasar de una generalización casi demasiado evidente, sin exceder la enunciación de ciertas verdades superficiales, no profundas, y de un esquema simplista. Sin pretender caer en la indicación de influencias, es casi obvio señalar que Mallea usó para determinar su desagrado esquemas un poco ajenos, sin particularizar su intuición, aun sin usarla, y hasta como medio para rehuir responsabilidades. Su tarea quedó en un trabajo de editorial, al que no es ajeno la elección de sus maestros.

Ya en un sentido horizontal, su propia denuncia peca de un exceso de generalización, de ataques vagos a grupos indefinidos: *los políticos, los abusos, los explotadores*, sin precisar a qué se refiere. En el sentido de la profundidad, ocurre lo mismo: su crítica permanece en la anécdota, normalmente *inflada*, sin buscar las raíces de los hechos.

Esta falta de penetración es paralela a dos características de su obra. La primera, referente a su estilo. Casi sin excepción, linda con la oratoria, afectado por una retórica pomposa, con su ligera vaciedad, con sus efectismos verbales, con su pesadez, con

su lejanía del lenguaje hablado: tiradas cargadas de acumulaciones, el retomar la última palabra dicha para comenzar un nuevo párrafo, los interminables discursos de sus personajes. Estos, por su parte, no son individuos concretos, extraídos a fuerza de ahondamiento, sino una colección de figuras ejemplificadoras, tipos de formas sociales de vida, sin vida propia.

La población de sus novelas responde a un plan casi invariable: Un hombre, generalmente joven, habitualmente artista o literato, puro, lleno de ideales, que se mueve en la "execrable" Argentina aparental, y que representa y busca la Argentina formada por sus hermanos. O un hombre, generalmente maduro, comúnmente comerciante o político, que representa esa realidad superficial y denostada.

De esa esquematización artificial, resulta que sus personajes rara vez viven y actúan: se dejan describir, narrar, simplemente; que no dialogan entre sí, sino que Mallea nos esboza su diálogo y luego nos dice de qué hablan. Aún las pocas conversaciones son contrapuntos de monólogos, en los que se diserta sobre *cuestiones elevadas*: el arte, la religión, la cultura... Morosos dibujos morales en los que se ajusta el personaje al *ejemplo* que propone, son luego desvirtuados en la *descripción* de sus actos, o se diluyen en explicaciones; de pronto, se retoma el dibujo como un llamado al muñeco para que viva.

Esa esquizofrenia al diálogo, es necesidad de huír del lenguaje concreto y vulgar, ceñido a lo vulgar y concreto, que los hombres usamos. Mallea prefiere un lenguaje que sea un orden ecuménico, sin vulgaridades ni localizaciones, sin la fuerza que sólo lo individual y lo vivo tienen. El voseo no existe, no debe existir, ni aun entre estudiantes amigos, que usan un pulcro *tú*, aséptico o increíble.

El deseo de un país real, formado por los callados y los puros, no es en Mallea más que la contraparte de su crítica. La historia de *estos países secretos* es bastante conocida. Ni importa que exista, ni es necesario hacerla. Mallea, y eso sí importa, adoptó la verdad de su existencia, no como el producto de un conocimiento de la realidad, sino como un deseo y una necesidad. Es el deseo de encontrar refugio contra la realidad repugnante y difícil, a la que se declara fracasada, lo que lo hace dar por descontado la existencia de ese país secreto y noble. Además, *el mundo aparece así ordenado en una clara dicotomía que permite afrontar el caos real*. De nuevo Mallea obra imponiendo un esquema satisfactorio para meter en él el mundo; y se evita así la sumersión en el caos para extraer de él su orden. De ahí que este país secreto no arroje diferentes resultados que el mundo a que se lo opone. Si los personajes que lo representan no son más

reales, ni menos *ejemplificantes*, su existencia no es menos vaga: una aristocracia de espíritu, un hombre de elegancia enraizada, una vida más honda, no son más que generalidades que no vemos nunca concretarse.

Cuando quiere hacerlo, levanta una humanidad inexistente: un campesino ideal entroncado a los orígenes de la raza, pleno de elegancia y sabiduría naturales; viejas virtudes de aquellos inmigrantes que leían el *Eclesiastés*; una vida rural, viril y culta opuesta a la invertebrada vida ciudadana: añoranzas de un pasado ideal, campesinos ideales, inmigrantes ideales. Cuando ese espíritu de distinción se personaliza, parece significar no tener que preocuparse de la baja necesidad de trabajar, y dedicarse, como por lujo y sobra de tiempo, a cultivar diletantemente el espíritu. Nos dice que su Argentina es aristocrática, y que aristocraticismo es dignidad de raza, soledad. Pero, en la práctica, las flores son aristocráticas cuando son *costosas*, y las personas cuando tienen sólida fortuna y dos o tres generaciones que no hayan trabajado, detrás. Hay en él un saber de lo que debe ser, que se engaña al acercarse a la realidad, prendido en las apariencias, se trate de magnolias o de Mercedes. Es sintomático que el país rechazado esté representado habitualmente por los padres, inmigrantes enriquecidos o que luchan para lograrlo; y el país noble, por los hijos, jóvenes de casa rica, que pueden proclamar a salvo su desinterés.

Las soluciones que ofrece no son menos vagas y superficiales. A veces, un llamado al despertar, al movimiento, sin indicar sus fines ni su dirección; otras, una propuesta de despreocupación por lo inmediato, un llamado a la cultura. Pero, en concreto, lo único que aparece claro es, otra vez, la negación. No mucho más: un rechazo de la vida, de lo histórico presente, que al intentar salidas positivas se convierte en añoranza de tiempos más difíciles, más pobres, más obligatoriamente ascéticos, con línea impuesta desde afuera, o en un activismo de puro movimiento sin contenido. Su actitud frente al fascismo, como postura dinámica, o frente al radicalismo *hasta 1916*, su deseo de un cristianismo forzosamente combativo, son ejemplos reveladores.

Tales soluciones, tales adscripciones a esquemas y a generalidades, tal aprecio por cierto pasado, así como su desprecio por la *escoria internacional*, marcan el defecto raíz de Mallea, del que su obra, y los medios usados para construirla, son el resultado. Mallea carece de ánimo para ahondar en la realidad, o no lo utiliza. Carece de amor, de fuerza, de odio, de la simpatía entrañada que da valor para meterse dentro de la vida, para ahincar en ella, aun humana y sucia, aun oliente a inmigrante o a campesino sin perfiles de estampa, aun ciudadana y encerra-

da entre paredes, y culpable. Por eso esquematiza, con análisis no elaborados en su hondura, el mundo. Por eso desprecia y se deja deslumbrar. De allí nace esa necesidad de mantener el gesto serio y solemne con que reemplaza el sentimiento que *debe* corresponder. Su refugio es esa aristocracia irreal, ese pasado imaginario y virtuoso, o esa retórica que cae hasta en los lugares comunes del *fluido cristal* y de las *precipitaciones pluviales* o en la erudición sorprendente. Lo mejor que queda de ella es el llamado al ascetismo y a la insatisfacción; ya que aun su crítica goza del postrer refugio de haber encontrado que la responsabilidad por la patria que hemos construído no es común, sino que tiene sus chivos emisarios en los que podemos descargar nuestra culpa o nuestro inoperancia, y que aun ellos no representan la patria verdadera, sino una sobrepatria a la que nos podemos sustraer por manifestación.

Por eso el mundo que describe es increíble, estereotipado o nebuloso: cafés de Buenos Aires, hombres, Europa. Y su declarada rebeldía acepta un modesto orden de *categorías legítimas*. Por eso son como suenan sus declaraciones de agonismo, esos "fueron mis compañeros sombríos perros morales tendidos en el desierto nocturno."

Al rehuir su tarea, Mallea logra facilitar su denuncia, hallar un escape a la culpa colectiva de que es parte, y encontrar esqueletos para armar su arte. Pero lo que gana en seguridad y justificación, lo pierde en libertad y en exigencia; en esa libertad y exigencia de las que se nutre la creación, el orden sincero que necesitamos. Mallea no logró sobrepasar el destino de su generación, desvirtuada en formas adoptadas y refugiada en países maleables, inocuos; temas, pero no materia de arte.

El material del mundo sigue habitando entre nosotros, aire casi mostrenco y no usado.

LO MISMO DE SIEMPRE

ADELAIDA GIGLI

...“Espectáculo desolador en el orden de la inteligencia: la primacía de las nociones, el entronizamiento de la puerilidad mental, el desarrollo de la indigencia substancial en ampulosos ramajes, la subordinación del espíritu de fineza al manipuleo de la elocuencia verbal, al asesinato de lo auténtico por lo ficticio, el vil culto del énfasis, la reverencia a lo pseudo académico y prócer, el auge de un arte descriptivo, documental y anecdótico, el horror a la sinceridad, al problema como problema, al rigor lógico y a todo, en fin, lo que sea austero y profundo, por cuanto esto no está hecho para los cómodos; en el orden de la cultura: fariseos unguidos; en el orden de la literatura: especies de Urias Heeps oficiando de críticos;... Por la purificación de este clima, nos toca a todos nosotros antes que ganar premios, antes de aplaudirnos mutuamente, antes de sentirnos *eficaces*, luchar.

Trabajar, primero, por librar a nuestra literatura de la supremacía de la letra, vicio que la ahoga, trabajar, luego, por realizar, en los hombres a nuestro alrededor dormidos, la cura por el látigo de la inteligencia, el llamado al orden, *la movilización de las conciencias*.

Basta de engaños: el hombre de nuestra tierra... no es un gaucho indolente y sentimental sino un ser que lleva un grito creador en el alma, un protagonista oscuramente épico, que apenas tiene idea de sí mismo. Para revelar a este hombre lo que verdaderamente es, parece preciso luchar contra él, movilizarlo contra su complacencia pasiva: *instruirlo y exagerarlo*.”

EDUARDO MALLEA (*La responsabilidad de los argentinos* (carta) - Nosotros. 2^a época, año II, número 2, Bs. As., 1936).

Estas palabras de Mallea escritas en 1936, es decir hace quince largos años, puntualizan la crisis que aún hoy conmueve a nuestra literatura. Crisis que ni el mismo Mallea pudo superar, transformándola en orientación definitiva. Aún estamos frente al hombre, frente a nosotros mismos en desesperación, en desconfianza. No nos podemos apoyar en el pasado y no sabemos construir nuestro futuro. O, si lo intuimos, no encontramos al

hombre que lo realice. Ni el mismo Mallea, que reaccionó contra el curso de los acontecimientos, lo hizo. Vislumbró el abismo que se abría entre él y la generación que le precedía, hasta de sus contemporáneos, y lo evidenció. Aborreció las antiguas maneras; negó los cánones regentes y se dió a la tarea, ardua y heroica, de la creación.

Fué una especie de fanatismo: desconoció al gaucho literario, que ya no abastecía sus necesidades espirituales, pero creó otro mito, *el argentino literario*, más complejo e intelectual, que se proyectó en toda su obra.

Quizá su misión, su ineludible vocación, su martirio, tenía otras alternativas. Quizá debió ahondarse y transformarse en filósofo; es decir, permanecer aislado de la crisis que reconocía y crear, no una letanía agónica, sino una nueva religión. Pero al permanecer en *novelista-ensayista*, desvirtuó el alcance de una y otra actitud: al hacer ensayo destruyó la novela y sus posibilidades, y como permaneció en la categoría de la obra de ficción, que todo lo permite, eludió la severidad de sus afirmaciones, la profundidad de sus creencias.

Porque —en cierta medida— se abasteció con el descubrimiento de una actitud crítica. Tanto es así, que se identificó con ella y la exageró, dejándose invadir, fomentándola, robusteciéndola hasta transformar en axiomas los diversos aspectos que extrajo de ella, en afirmaciones irrecusables, en principios aparentemente ineluctables.

Solidificó un descubrimiento hasta transformarlo en conjuro, y ya *la Argentina invisible y su habitante no es más una tesis, sino una realidad literaria, inmutable, anquilosada*.

De la satisfacción, nació la permanencia en un país propio, donde una crítica parcial se transformó en método, al que se aferró sin evadirlo. Porque ya esa primera insatisfacción, es satisfacción. Una nueva ceguera, una nueva actitud legitimada, arraigada, que posee el poder de vetar a los que no son sus partidarios, de desterrar del mundo de los inteligentes al que no participa de ella. Es decir, que cerró las posibilidades que le ofrecía la conciencia crítica, amparándose en una modalidad que, de desarraigado, se convirtió en comodidad, en brillantez, en categoría.

Ya no le son extrañas las cosas del mundo y sus contornos. Su queja es pura ficción, fórmula, costumbre, manera. Es firme concepción del mundo. Es confianza, es afirmación.

Pero esta afirmación es sólo válida para su mundo individual; porque para nosotros no presenta una superación sino un reclamo, una rebeldía. Para nosotros no supera la crisis en que vivimos, sino que solamente la afirma, la evidencia.

Nosotros aún estamos dispuestos a hundirnos, a perecer. No hemos podido construir una realidad que nos dé arraigo, creencias, fuerza, claridad; que nos libere de la crisis. Porque esta crisis tan prolongada se está transformando en estado normal y efectivo; al no superarla nos enraizamos en ella, y es ella, ya desvirtuada de sus primeras características, nuestra realidad. Y permanecemos desnudos, ávidos, atónitos. Estamos sin pasado, no podemos asir el futuro. Estamos como hace quince años, como siempre, pero *somos una generación denunciacionista*. Las palabras que usó Mallea son las nuestras. Las identificamos plenamente. Las renovamos. Aún buscamos la *autenticidad*. Es un clamor que parece trasnochado por haberlo reiterado tantas veces, ya se llega —incluso— a no creer en él, a considerarlo una invención, estéril fórmula para conjurar una nacionalidad, una esencia, que estamos aferrados en afirmar. Por eso, muchos son los que no lo mencionan más, y otros, los que lo niegan. Y el resto, los demás, están simplemente aburridos. Pero para los que el problema de la cultura nacional, americana, no se soluciona con el recibo mensual de publicaciones francesas, éste es el único clamor. Vivo, muy vivo, y no nos podemos desprender de él.

EL SER DE LA MUERTE

ANGEL JORGE CASARES

“¿Cuándo nací? ¿Cuándo moriré? Nadie puede evocar el día de su nacimiento ni fijar el de su muerte.....

.....
Umar-I-Khayyám, *Rubáiyát*, XXI.

I

PANORAMA DEL PROBLEMA

Es imposible seguir los caminos tradicionales o renovar las clásicas posturas filosóficas para alcanzar la plena significación de este concepto. Todo “buscador de esencias” está condenado aquí al más definitivo fracaso: es imposible tematizar el ser de la muerte teniendo a la vista su definición como meta final.

Empero, la muerte algo es. Ocurre con ella lo que con aquel no — ser platónico, que precisamente *era* no ser. Así como el no — ser es, así es también la muerte. Claro está que con distinto alcance y en sentido muy diferente. La mente griega pensó el no — ser ($\mu\eta\ \delta\upsilon\upsilon$) como lo ausente, “lo que no — está — de — presencia”, es decir como lo contrario de la $\alpha\upsilon\tau\omicron\upsilon\lambda\iota\alpha$, o mejor aún, de la $\pi\alpha\rho\omicron\upsilon\sigma\iota\alpha$. Actualmente pensamos el no — ser a través de la difusa y confusa luz de la nada. Pero la muerte no es ni lo uno ni lo otro. La muerte sin embargo *es*, y es *algo*. Lo más que cabe admitir es que la nada le *sobreviene* o que ella la trae consigo, pero sin ser ella misma esa nada. La muerte *está ahí* en cada caso, se anuncia siempre como posibilidad futura en cada instante del presente.

Pero el constante *estar ahí* de la muerte no es mero y simple *estar* como el de otro hecho cualquiera del mundo.

La muerte tiene un *ahí* peculiar. Mejor: la muerte se abre en su “ahí”, que no es propio de la muerte misma sino de quien en cada caso la soporta.

Esta primaria interpretación se ajusta con bastante rigor a lo que cada cual entiende de sí mismo. Es *uno* quien soporta a la muerte. Pero en esto se denuncia una vez más la falacia de la conceptualización. *Subportar*, soportar, es llevar debajo, servir de

apoyo. Uno es, pues, quien sirve de apoyo a la muerte. Y esto vale en el sentido de que la muerte “se realiza” *por* y *en* cada uno.

¿Pero no será acaso que en el sentido más lato de la palabra es cada uno quien “se realiza” *por* y *en* su propia muerte? ¿No será que, justo al contrario, lejos de ser cada uno el soporte de su propia muerte, es esta muerte misma quien soporta?

¿Y qué es lo en cada caso soportado?

Este subterráneo “llevarse” recíproco alcanza y desgarrá la entraña del Ser. Toda trascendencia es posible por un transporte más allá de lo en cada caso llevado. Pero el “ahí” es distinto también en cada caso. Si el “ahí” de cada uno es su propio mundo, el “ahí” del “estar ahí” de la muerte ni es el mundo propio de cada uno ni por sí mismo se refiere a ningún otro mundo, aunque todavía hoy una larga tradición filosófica piense que lo abre y lo hace patente.

Si un mundo se hace patente *en* y *por* la muerte, es precisamente el mundo del “ahí” de cada uno. Por la coincidencia del “ahí” de uno y del “ahí” de su muerte (en el sentido, ahora, de “estar ella ahí *presente*”), la muerte descubre aquel mundo como *aquello de que se es arrancado*, es decir que lo hace patente por aniquilación: abre el mundo suprimiendo el “ahí”. El “ahí” de la muerte y el “ahí” del mundo se excluyen.

Sin embargo, la muerte “está ahí” y amenaza en forma permanente. La muerte permanece: está, se mantiene — hasta el fin. Y ese fin no es el suyo propio. La muerte no puede morir ella misma. Es uno quien muere. Con esto se cierra el horizonte de su comprensión ontológica como posibilidad: la muerte es siempre posibilidad de fin.

II

EXISTENCIA Y MUERTE

En un óptico enfoque del problema, sólo cabe pensar que es la muerte la que *está en* la existencia y no a la inversa. Esto es lo que ha hecho posibles todas las definiciones negativas, biológicas sobre todo, de la muerte.

Pero este “estar en” no resulta tan claro cuando se lo piensa por su lado ontológico. El hecho de la muerte sólo ocurre o se “realiza” en una determinada existencia. En este plano resulta absurdo pensar que pueda realizarse en una determinada muerte el hecho de la existencia. La muerte es posibilidad *en* y *para* la existencia, y no a la inversa.

Pero esto denuncia la necesaria inversión de las cosas en el plano del *ser* de los dos hechos. Porque el ser de la muerte no puede realizarse en la existencia; en realidad nunca puede “reali-

zarse”, porque ni siquiera es. Lo que es es el ser de la existencia, y él sí “se realiza” en la muerte: una existencia *total* sólo puede serlo una vez que deja de existir: la comprensión ontológica de su existir depende de su no-existir, y éste sobreviene con la muerte. Más aún: la existencia es en cada instante ambas cosas: existencia y muerte. “No bien nace el hombre es suficientemente viejo para morir” (1). La muerte es sólo eso: muerte.

Esta posibilidad última de la existencia parece sobrevenir en un momento dado. Pero el momento dado es en realidad *cada* momento. En *cada* instante el hombre puede morir y además en cada instante el hombre muere efectivamente un poco. Existir es morir. Pero no a la inversa. Así, lo que la muerte es, hace posible que la existencia sea. He aquí el núcleo medular del tema de la finitud de la existencia. Lo que es la existencia, lo es gracias a esa muerte que la acompaña. Por eso la muerte en rigor *no sobreviene*: está siempre “ahí”, en el “ahí” de la existencia misma. Pero esta existencia no es “reemplazada” por la muerte. La muerte anula a la existencia y la aniquila, pero no ocupa su lugar.

Cuanto más “está ahí” la muerte para el que muere, tanto menos *está* para él. En el “estar ahí” la muerte —como presente ahora— está más ausente que nunca. El que muere, muere su vida y muere también su muerte. Entonces la muerte, esa muerte personal del que en este caso privado muere, sigue “estando ahí” sólo para los demás, con un significado ajeno y ya no *propio*. Si la muerte es posibilidad de la existencia, nada lo prueba tan bien como éste su dejar de ser cuando la posibilidad es sobrepasada, es decir cuando deja de ser posibilidad. Con esto se hace *hecho*, y *después* de ello sólo puede ser un hecho para los que quedan.

III

MUERTE Y EXISTENCIA

Comienza a verse en esta forma que ya no puede ser afirmado con decisiva seguridad que es uno quien soporta a la muerte. La única muerte que se soporta —en todos los alcances del término— es la muerte de los demás, y esto porque, como se ha visto, se la soporta como *hecho*. En cambio es la muerte quien lo soporta a uno. Vista desde dentro, es la propia muerte quien lleva sobre sí la carga de la existencia. Al comenzar a existir, la

(1) JOHANNES VON SAAZ, *El labrador y la muerte*. Instituto de Literatura Anglogermánica, Fac. de Filosofía y Letras, Fascículo 18 (1950), Buenos Aires.

existencia no anula ni aniquila a la muerte. Nacer no es nunca renacer, ni existir es volver a existir. Existir es morir. No es posible existir sin morir a la vez y en la misma proporción. ¿Pero, es posible morir sin existir? Tampoco: pero aquí sólo se conserva el unísono; la proporción cambia. Porque cada momento más del existir es un momento más del morir; pero el momento del morir la muerte anula *todos* los otros momentos, pasados y posibles, del existir: ya no se trata de *un momento más* sino del *último*. Por esto morir no puede ser tampoco re-nacer.

Sin embargo, uno existe y muere su existencia, y uno muere y existe su muerte. Es que se atiende de nuevo al aspecto óptico de ambas, existencia y muerte. Es uno el dueño y el lugar de ambos hechos. Y cada *factum* es llevado a cabo —a fin— por uno mismo. “Nadie puede tomarle a otro su morir”, dicho con palabras de Heidegger. Pero tampoco nadie puede tomarle a otro su nacer. Y nadie ha pedido ese nacer a nadie. Por el nacer se ingresa al existir. Esta es la carga. Para la dimensión cotidiana de la existencia, el morir “está lejos todavía” del nacer —tan lejos que ni siquiera se lo piensa. Pero no se ve la realidad, y es que el morir viene a la existencia con el nacer mismo. Por el nacer se ingresa en la muerte. Por el morir no es posible ingresar en la existencia; antes bien el morir descubre la facticidad del mundo por su carácter de *exitus*. La muerte es vista “como un hecho posible y en todo caso lejano”, sin caerse en la cuenta de que es el más cercano de los hechos. Lo que desde el nacer mismo comienza así a gravitar en la existencia y en la co-existencia humanas es el existir mismo y no el morir que se le anticipa como posibilidad. Se habla entonces de hijos a los que “se da el ser” pero nunca de hijos a los que “se ha dado el morir”, cuando ambas cosas son lo dado siempre.

La existencia no es entonces una posibilidad de la muerte sino al contrario. Pero la carga y el peso no lo son de esta posible muerte. La muerte no cuenta, o cuenta siempre como algo “que está ahí” pero todavía lejos, como algo “de lo que no vale la pena preocuparse”; en todo caso sólo es algo que hasta hoy se ha visto únicamente en los demás. El soportar la propia muerte es un hecho que se hace perentorio cuando “se lo ve venir”; como si no hubiera estado ahí ya siempre en cada caso.

Por esto la muerte es a veces una liberación. Anticipándose a su propia muerte, el suicida busca aliviar la carga de una existencia que se le ha hecho im-posible. La im-posibilidad de la existencia urge y hace patente la suprema posibilidad de la muerte. La muerte es siempre posible: es la posibilidad de las posibilidades. La muerte es también siempre libre, y por ende el

fundamento de todas las libertades. El hombre es libre porque es libre para morir, "libre hasta la muerte", porque puede morir cuando quiere. Bien entendido que sólo se trata de una libertad anticipatoria, porque no es libre para no morir. Así también es libre con una libertad proyectiva para no existir: tampoco puede existir cuando quiere, pero entre sus posibilidades está la de dejar de existir a voluntad.

Pero si el peso que se sobre-lleva o se soporta es el de la existencia, ello se debe a que hay algo que lo hace posible y lo hace grávido. Y ese algo es la muerte. Una existencia humana infinita no sería grávida, porque no sería humana.

La finitud es precisamente lo que da una base firme a la gravedad del existir.

IV

MUERTE Y MUNDO

Sin embargo la muerte "está en" el mundo, si pensamos al mundo como estructura fundamental de la existencia y la existencia es ella misma muerte. Pero el "ser ahí" tiene en cada caso contornos diferentes. El ser de la existencia recorta los suyos con toda nitidez contra el desdibujado trasfondo de la muerte. El "ahí" de la muerte no abre el mundo, sino más bien lo cierra en la inminencia de su apremio. En lo óptico, este cerrar el mundo asume la forma del "aturdirse para no pensar en ello"; del "miedo a la muerte".

El "ahí" de la muerte es así siempre un "allí" que arranca a la existencia de su mundo óptico y deja como en suspenso su propio "ahí". La muerte como ente de reflexión dis-trae, aparta a la existencia de su ocupado trajinar en el mundo. Pero justamente por ello —y así lo expone Heidegger en forma luminosa— asegura a esa existencia su auténtico encuentro consigo misma.

La comprensión de la existencia como totalidad cerrada y autosuficiente sólo es posible contra el desdibujado trasfondo de la muerte. Lo que la muerte so-porta es esta constante posibilidad de patencia de la existencia y de "su" mundo.

El que la muerte abra las puertas de "otro mundo" es ya mucho más dudoso y en todo caso parece asunto de interpretación. La totalidad cerrada y autosuficiente de la existencia se agota en su ser-en-el-mundo. Aquí arraiga toda posibilidad de trascendencia. Pero la trascendencia es entendida hace mucho como el acceder a entidades extra-mundanas, configuradoras de otros mundos peculiares. Y sin embargo nada autoriza a pensarla así. Toda trascendencia es en el fondo intra-scendencia, en

el sentido del éx-tasis heideggeriano de la existencia. Si se trasciende *al* mundo esto sólo es posible porque se sale de uno mismo hacia el mundo en que uno mismo está —pero siempre dentro de su frontera de mundo.

Hablar de “otro” mundo sólo es posible si se cambia “mundo” por cualquier otro concepto que miente una realidad distinta de la que por él se entiende cuando se lo piensa desde la existencia.

Al nacer “se viene al mundo”. Y claro está que si el problema se hace aporético cuando se trata de indagar *a cuál otro mundo* se pasa de éste por el morir, la verdad es que se hace directamente implantable cuando se trata de indagar *de cuál otro mundo* se ha pasado a éste por el nacer.

La mejor prueba está en que por la primera búsqueda no se justifica el destino final de la existencia, sino el destino final del alma. Al paso que por la segunda no se busca explicar esto último, sino aquello primero: cómo es posible la existencia *en* el mundo. Y está claro que no en vano el énfasis se pone siempre en el *después* y casi nunca en el *antes*. Pero si se postula que el morir abre las puertas de otro mundo, hay que aceptar que el nacer cierra las de otro tercero. La dialéctica es en este punto más tortuosa y más desesperante, pero también más inflexible que nunca: en todo caso sólo hay noticia cierta para cada uno en uno solo de esos mundos: el que está entre el *antes* y el *después*, porque en él *se está*. Si se supone que se estará también *después* en el segundo, no hay para qué no suponer que se estuvo *antes* en el tercero, y entonces se cae en una esfera de problemas en que ya no es posible entenderse siquiera uno mismo.

Pero vistas las cosas más de cerca, lo que la muerte hace patente es el propio mundo en que abre y despliega su propio “ahí”. La coincidencia que ahora ocurre es dramática: la muerte revela ese mundo a la vez a uno mismo y a los demás.

Si el sentido final de la existencia es el morir, a la luz de ese sentido se aclara la constitución fundamental de su mundanidad. El mundo se hace así manifiesto como un todo organizado y pleno en función de algo que no será en absoluto — pronto, tal vez “ahora mismo”. Cada cosa se recorta con plena nitidez y adquiere todo su valor en el plexo total de su completa posibilidad de “no ser ya más”. Pero esto no es sino la versión “mundana” de lo ontológico de la muerte: que por ella se comprenda el ser total de la existencia.

También el mundo se revela a los demás, pero como aquello en que todo se desdibuja y se aplanan por el rigor de la muerte del otro. Queda un “vacío”; queda la interrumpida interferencia

del mundo del muerto con el propio mundo de cada uno de los otros. Los sentidos se pierden y quedan en el aire sin la intuición necesaria que ha sido arrebatada por los fines comunes “ya no presentes”. De pronto todo cae, porque se sabe que ya todo aquello no podrá ser vivido más que en el recuerdo. El pesar aploma el resto de las estructuras mundanas de los que sobreviven; todo parece indiferente y vacío.

Es ahora cuando más “está ahí” la muerte para los otros, cuando más se la siente porque al arrancar de golpe el sector de la coexistencia pretérita con el muerto hace patente a la vez lo que “se ha llevado” consigo y lo que deja. El “estar ahí” la muerte se evidencia en el silencio pavoroso de la voz acallada para siempre; en el “no estar ya ahí” una existencia que fué.

El “ahí” de la muerte excluye la posibilidad del “ahí” del que ha muerto. Este ya no “está ahí” en el sentido de que su “ahí” pueda seguir abriéndole y desplegándole un mundo por delante. Es él mismo quien “está ahí delante” para los otros como una cosa más, pero en el “ahí” silencioso y ausente de una muerte que está y no en el “ahí” de su mundo propio.

V

MUERTE Y FIN

Por eso la callada muerte amenaza siempre desde los otros, y se oculta en la medrosidad diaria del no querer tratos con ella. Pero su “ahí” permanece en la constante vigilia de la madre cuidadosa que atiende a cada uno de sus hijos. El pavor viene de saber que es imposible huir de esa solicitud, esa solicitud que ahoga y que surge de la entraña más profunda e inarrancable del propio ser; porque se la siente como fin.

La certeza del fin abre la finitud. Por el nacer se ingresa así en la finitud. Naciendo, el hombre inaugura su fin. Pero un augurio es certero: el de su fin. Así la muerte se anuncia en el nacer mismo. Sin embargo se piensa la existencia como finitud y no se está dispuesto a aceptar la muerte como fin. Se reclama de la existencia lo que ella misma no puede dar sin dejar de ser lo que es. Se aceptan las categorías pero hay una oculta trascendencia que arranca del mundo a cada uno. Aquí juega su papel la *ilusión* trascendental: por ella el problema deja de ser extraño y se hace accesible.

Pero la muerte no es una categoría, y es el menos accesible de los acontecimientos, porque es él el que accede siempre. Y es a la vez el más extraño, porque es el más privado de los acontecimientos.

La muerte se existe, pero no se existe como existencia, sino

como no-existencia. Existir la existencia, pase; pero existir la no-existencia. La paradoja es sin embargo ilevantable y la aporía total. Si la existencia es finita, es porque hay que finalizarla alguna vez. La voz popular tiene aquí un hondo acierto metafísico, en la expresión “finar”. No es que uno finaliza algo; es uno mismo quien “fina”. Así se “llega al fin”.

Toda cobardía debe ser ahora desechada. Nadie elige su morir; sólo es posible anticiparlo. Todo sentido existencial de ser o de valor debe tomar de su fin su dirección definitiva. La muerte no es en el fondo sino el fin del ser total y del valor total de la existencia.

Porque si el ser del hombre es libre porque es libre para morir, también puede plantearse fines porque su morir mismo es un fin. En este sentido la libertad del hombre tiene el fin supremo de su muerte.

Esta muerte es lo que hace posible la existencia misma como tal. No sólo posibilita su comienzo sino también su total “realización”. Sólo así es posible hablar ontológicamente de una existencia “perfecta”.

Algo resulta “hecho completamente” (*per-fectum*) cuando “ha alcanzado su fin”. (τελεικῶς).

Así en el “ser relativamente al fin” (*Sein zum Ende*) o en el “ser para la muerte” (*Sein zum Tode*), importan, no la muerte o el fin en sí mismos, ni como aquello que hay que superar. Lejos de superarlos, importa ver en ellos la meta que confiere todo su pleno sentido al “para” del “ser para la muerte” y al “relativamente” que apunta a tal fin.

Pero con todo esto la visión total de la existencia humana cambia sus ángulos de enfoque y sus puntos de vista más radicales.

Se pierde el sentido de la máxima que prescribe “obra como si fueras a morir mañana”, que es en sí misma ambigua y vacía. no se trata ya de un no saber qué hacer con la propia existencia; se trata en cambio de asumir —y aquí la fuente ontológica de toda autenticidad posible— que todo quehacer y toda dación de sentido en el mundo sólo puede provenir de la recóndita intimidad en la que cada uno puede no saber qué hacer con su propia existencia, pero no puede ignorar qué hacer con su propia muerte.

Anverso y reverso de una hipótesis metafísica

ANA A. GOUTMAN

Le mentalidad científica de Husserl, meticulosa y detenida, le ha movido a una continua elaboración de sus planteos, para lograr una máxima estrictez y exhaustividad. Sumado a ello, la lenta y trabajosa publicación de sus obras —ya en lengua original, ya traducidas— ha dado lugar a un conocimiento muchas veces parcial de su pensamiento.

Por estas razones, los comentarios críticos que abarcan una limitada época incurren en erróneas interpretaciones en el estudio de determinados problemas.

La consideración de la conciencia ajena, y la relación entre las conciencias —estudiado por Husserl— es tratado en dos diferentes enfoques: uno el de Teodoro Celms en *El idealismo fenomenológico de Husserl*, editado en 1931; otro, el de Joaquín Xirau en *La filosofía de Husserl. Una introducción a la fenomenología*, publicado en 1941.

Celms, que se maneja en general con las *Investigaciones Lógicas y las Ideen zu einer reinem Phänomenologie und phänomenologischen Philosophie* (última obra que conoce, cuya edición alemana data de 1913), hunde a Husserl en una metafísica a la que es totalmente ajeno por método y por decisión.

Xirau, atendiendo a la naturaleza de la obra y del pensamiento último de Husserl (su libro lleva una nota bibliográfica en la que incluye las obras publicadas hasta 1939) plantea objetivamente el problema y lo salva de concluir en una hipótesis metafísica, pues muerde en la estructura misma de la conciencia, ámbito de la investigación fenomenológica.

Husserl aspira a fundar una ciencia sin supuestos, que esté en la base de toda otra investigación, científica o filosófica estrictamente considerada. De ahí su punto de partida radical.

La única realidad que nos es dada con carácter apodíctico es la realidad de la conciencia y de ella depende la realidad del mundo exterior y en ella se funda.

Prevía a la investigación fenomenológica de lo dado en la conciencia, Husserl pone entre paréntesis el mundo, suspende

el juicio de existencia (ἐποχή fenomenológica) y se limita entonces a la investigación de los modos de la conciencia en que se dan las distintas clases de objetos, y a la investigación del ser de la conciencia.

El cógito —la conciencia pura— en cuanto puede dar cuenta de sí mismo por sí mismo, es el centro de la evidencia. A la esfera de la certidumbre absoluta del cógito se remite Husserl, no en un desconocimiento de la realidad, sino por un negarse a interpretarla, y a contradecir el sentido dable en la evidencia intelectual.

El encierro voluntario recuerda al de Berkeley (1685-1753) y a su esse est percipi; también para Husserl el ser es en cuanto es percibido, pero en un sentido radicalmente distinto al de y a su “esse est percipi”; también para Husserl el ser es en cuanto (*Ideas*, México 1949, pág. 240).

En la epojé fenomenológica se trata de una abstención de carácter ontológico, en cambio Berkeley *niega* la existencia de lo que no ha sido percibido; así reduce su teoría a un solipsismo imposible de sustentar. Se trata de un solipsismo psicológico.

Descartes (1596-1650) reduce también su investigación a la evidencia del cógito, pero no le es fiel. Al proceso metódico de duda frente a todo conocimiento, y a la evidencia del cógito, le añade la existencia de Dios. Estos son los tres elementos fundamentales que constituyen el nudo central del cartesianismo.

Husserl se salva de caer en un solipsismo y renuncia a trascender a Dios (extraño a la inmanencia de la conciencia).

La característica estructural de la conciencia es para Husserl la intencionalidad —toda su investigación está apoyada en esta evidencia— por ella posee la propiedad de ponerse en relación inmediata con su contenido, es decir, todo pensamiento es pensamiento de una cosa pensada, toda percepción lo es de una cosa percibida, todo deseo, es deseo de cosa deseada, toda conciencia es conciencia de algo.

De aquí la conciencia en cuanto tal es conciencia intencional, así la realidad no podría reducirse a un sujeto puro fenomenológico, que es en pleno sentido de la palabra: una mónada.

La realidad del mundo físico se manifiesta en la percepción y la de la psique ajena en el fenómeno de introfección, de endopatía, de “comprensión afectiva”.

Mediante esta experiencia de introfección, el yo puro fenomenológico intenciona otros yos —mónadas— en dos actos intencionales: Al acto fundante de la percepción, en el que el yo apunta a otros yos, como sujetos con un cuerpo, se le añade

una intención de segundo grado, que fundada en la anterior, la trasciende y alude a una realidad implícita.

Ambas convierten al cuerpo en un organismo perteneciente a un yo que es también de naturaleza intencional.

En este fondo de intersubjetividad del solus ipse, los otros yos se dan aislados.

Según Celms, estas mónadas están incomunicadas, cerradas "sin puertas ni ventanas", como verdaderas cámaras neumáticas, más solas que las mónadas de Leibniz.

Para Xirau, estas mónadas están sin puertas y ventanas "porque no las necesitan", la estructura intencional de la conciencia las torna "abiertas".

La introafección es tal, que mediante la posibilidad de una constitución concordante de las mónadas, éstas se constituyen de acuerdo con un principio de armonía preestablecida.

Para Celms —que en este punto se refiere a unos cursos dictados por Husserl en octubre-noviembre de 1910—, el principio de armonía preestablecida es una hipótesis metafísica.

Con ello el paso de la intersubjetividad del solus ipse, a la intersubjetividad en el sentido propio del término de sujetos "en sí" sólo sería posible mediante una suposición, ajena a la conciencia misma. El tránsito de un solus ipse a una multitud de ellos —afirma Celms—, "no es sino la ampliación del solipsismo monista a un solipsismo pluralista". Para Xirau, el problema tiene una solución más fenomenológica, más evidente, "la experiencia introafectiva está sometida al criterio general de toda experiencia trascendente, al principio de la experiencia de la concordancia universal".

La concordancia se explica en la sucesión coherente de la realidad percibida, pues de lo contrario no podría hablarse de organismo.

El problema de la relación de mi conciencia, con la conciencia ajena, que según Celms sólo podría revelarse en el reconocimiento de una hipótesis de armonía, se resuelve para el Husserl de la quinta meditación cartesiana y por ende para Xirau, desde el punto de vista de la intencionalidad.

La relación entre dos sujetos, dos yos, es la unidad de la relación comunitaria.

El mundo está así, constituido por una comunidad de mónadas; comunidad genética y constitutivamente armónica de las mónadas en particular y en general.

Husserl dice en el párrafo 49 de la quinta de las *Méditations Cartésiennes*: esta armonía pertenece a la explicitación de los contenidos intencionales incluidos en el hecho mismo que un mundo de experiencia existe para nosotros".

La presencia del objeto "en persona" es el hecho singular, cada nuevo objeto es intencionado con un sentido propio en cada acto de conciencia.

Las realidades a que alude el pensamiento se encuentran de cierto modo en la evidencia del cógito, cuya actividad intencional es la única capaz de dar sentido.

El problema de la constitución de los objetos, del otro yo, del mundo real, se circunscribe en Husserl a una dación de sentido, que es posible dada la libertad de la conciencia pura.

La primitiva actitud fenomenológica nos colocó ante fenómenos de un mundo cambiante, la epojé llevada a sus últimas consecuencias nos remite a la esfera trascendental. Allí no aprehende cada uno tan sólo su propio yo, sino que en virtud de la citada experiencia introafectiva, aprehende al mismo tiempo al otro y "en él y por él, el mundo".

La armonía así establecida en el seno de la conciencia, reniega ampliamente de las derivaciones halladas por Celms.

Presencia del milagro

¿En qué pulcra quietud acontecida
certificó el milagro su presencia?

¿Bajo qué árbol de sombra halló vigencia,
y fué la sombra en luz desvanecida?

¿Qué vocero anunció su presentida
designación? ¿En qué circunferencia
sintetizó tal vez su transparencia?

¿En qué mundo, en qué vida tuvo vida?

Fué allí y ayer, acá y ahora, ha sido
doquiera y siempre: en todos los lugares
donde en despierta rama duerme un nido;

y en todos los momentos singulares
en que priva el Amor, estremecido
de nomeolvides ya, y de palomares.

SERGIO WINOCUR
(*Ben Sere*)

Vientos del sudeste sobre la ciudad

Vienen de lejos, desde más allá del río,
del sur y del mar adivinados,
pesados de tormentas.
Quizá traigan también algunos días claros.
Todos los años me golpean la frente.
Sé que son los mismos
Sé que las calles largas de mi ciudad
no terminan nunca,
y que crece el río hacia la tarde,
como avanza la tarde
sobre todos nosotros
en las calles.

Vuelven las ráfagas amigas del sudeste.
Han vuelto.
Cuando nos perdamos
en el laberinto de este mes de marzo
aun soplarán los vientos del sudeste
sobre las tumbas
de nuestros padres muertos.

A. R. PRIOR
(Ape)

NIEVE FUSILADA

I

Qué amargo privilegio testimoniar la abundancia de la vida. Todo, todo, Dios mío, lo que alienta, busca alojarse en mi pecho. No me alcanza el silencio, no me alcanza la soledad, todo el silencio, toda la soledad, para este pausado mirar.

Las cosas del mundo, ¡cuántas son! pero, sobre todo, el sentido, el sentido con que se ofrecen en un guiño de salto pícaro o quedan meditativas, grávidas de enigma.

Entonces, yo me apasiono. Salgo, indago, pido referencias, trazo signos precisos, varío la colocación de mis redes, sigo mis pasos, cuidadoso, me suelto en un impulso que pretendo alto y definitivo, y cosecho una sonrisa de triste sabiduría.

A veces me detengo a gozar el severo esfuerzo hecho, que dura, tenue, como un pez, un fulgor vivo disuelto en el agua.

Es el instante de seguir la morosa caligrafía del recuerdo. Aquella muchacha, unos árboles, ese consentimiento mutuo de un hombre y un río, una dignidad secreta de las cosas, misteriosamente unificadas en una divina constelación.

Pero soy débil. No puedo resistir por mucho tiempo tal intensidad de gracia. Sin querer he acudido a otra parte. Estoy en otra parte. En el camino he perdido un radiante tesoro.

Un pobre hombre (soy yo) camina rápido como si fuera a algún sitio. Es elocuente su traje doloroso.

Ahora le será dado, fina merced, explorar agujeros melancólicos, descubrir latitudes de vino vacío, considerar súbitos ratones de miedo y sombra. Porque, para este hombre, Dios debe caer muy lejos.

Qué extraño estar siempre a la orilla de Dios o de su ausencia.

Y luego, esa terca persistencia de caminos hacia el pecho de un hombre.

Y la posibilidad de la libertad, de decir sí, de consentir.

Qué amargo privilegio testimoniar la abundancia de la vida.

II

Se va definiendo mi rostro junto a una indecisa costa de secreto.

Ocasiones, entre una fiebre trabajosa, he logrado cumplir la bandera tirante y limpia de una carcajada.

Ahora recupero, en el ahorro prolijo de lo individualizado, los sitios primordiales que me contemplan sin el negro, sin el rojo del pecado: el cielo, la tierra, el agua, el fuego.

Mi corazón desordenado no puede olvidarse de la minuciosa ternura entreverada en azares oscuros y suertes inconstantes. Recuerdo que su agua piadosa servía para suavizarme el pecho, bronco. Obstinadamente miraba yo las muchachas, la llanura con cielo en la punta de los pastos, una plaza íntimamente caída ante mis pasos.

El arrabal acogía mi vagancia y la soltaba por sus abiertos rumbos.

Alguna vez supe que la brisa desgarbada, viniendo del fondo de los zanjones con agua podrida de sueño, de las distancias indigentes, del urgente desamparo de los colores, era el rumor puro de mi mirada. El asombro frecuentaba mi ser hasta la certeza de una dolorosa alegría.

El regreso era desprenderme esa estrella sañuda para acceder a la gran serenidad de todo lo viviente, que habita un poco más allá de los quebrados pormenores.

FULVIO MILANO

A propósito de la aventura intelectual del siglo XX

V. SANROMÁN

A raíz de haber leído un comentario en "La Nación" sobre el libro que origina esta nota, he cambiado el plan que había preparado a su respecto, pues no puedo reprimir el impulso de decir algunas cosas que hace ya buen tiempo pugnan dentro de mí. Algunas de ellas, que bien desearían el panfleto, respecto del diario aludido; las demás, sobre el libro en sí. Y, desde ya, adelanto que esta nota debiera llamarse, en realidad, "La crítica en la Argentina, y un libro". Por la crítica comenzaré, pues.

No trataré de establecer principios generales. Lo que me interesa, no es indicar cuál sea la función del crítico, que doy por sabida (aunque sospecho que me equivoco), sino cómo se ejerce la crítica en nuestro país. Hoy y aquí, la crítica es no sólo algo *lastimoso*; es algo inexistente. Sin analizar causas ni orígenes de tal mal, sin establecer su largo o corto pauperisarse, basta observar los hechos: De la crítica de fondo, sería o virulenta, ya no resta nada: Por razones obvias la mayoría de los periódicos ya no conocen más que el silencio, o la alabanza o el ataque absurdos. Las revistas especializadas, que, sin embargo, aún la ejercen de vez en cuando (desgraciadamente esa vez tan sólo cuando no median compromisos) llegan apenas a un escaso público. Sólo suele perdurar la "noticia", la llamada crítica informativa; que ni es crítica ni es informativa. Y bien, en una situación de privilegio, con muchos más recursos que las revistas y a salvo de ciertas coacciones, se encuentra "La Nación", periódico en algunos otros aspectos respetable. ¿Y qué hace de la crítica? Algún estudio escolar (de acuerdo a aspiraciones de página literaria) sobre un libro que va puede discutirse libremente puesto que se lo da como indiscutible; algún trabajo con franco olor de incienso más o menos mutuo, y esa página bibliográfica mezcla de burocracia, método Ford y desembozado vodevil, en la que se malgasta el raro papel existente en balbucear anodinamente sobre cualquier publicación, nunca en más de diez líneas, sin distinciones de valor ni atisbos de jerarquía, o en la que se re-

comienda alguna novela tan desconocida como "Luz de Agosto", o, en fin, (y ahora sí excediendo las diez líneas) en la que se consagra laudatoriamente a algún seudopontífice de las letras o de las "ciencias humanas".

No es la primera vez que pienso lo que he dicho, ni creo acaparar sólo tales reflexiones. Ahora, simplemente, una serie de circunstancias me impiden callar. Si alguien tuvo el *coraje* de leer en "La Nación" el párrafo dedicado a "La aventura intelectual del siglo XX", sin conocer este libro, debe haber sacado la impresión de que se trata de algún opúsculo vagoroso y más o menos entontecido, en el que se intenta pintar "un fresco inconcluso de cincuenta años" de arte, ciencia, sensibilidad, y adelanto de la técnica, probablemente incluídos el teosofismo y el rajayoga. Si el paciente frecuentador hebdomadario conoce, en cambio, el libro de Marill, no habrá dejado de notar que el comentarador, crítico, o como se titule, no ha leído sino el prólogo de la obra. Y leer prólogos es ya, de por sí, una costumbre peligrosa. Pero si la lectura comienza y acaba en los prólogos, autorizando luego a emitir opiniones, esa costumbre deberá calificarse en latín, sin versión alguna que adjetive castellanamente al devorador de prefacios; tal cual dejan los castos traductores ciertas palabras de los textos clásicos.

El libro de Marill es un intento de ver ordenadamente en el caos aparente de las artes y las letras del siglo veinte. No significa, por cierto, el descubrimiento del Mediterráneo. Profesor su autor, ha pretendido escribir más didáctica *que originalmente*, intentando casi un manual del pensamiento de los últimos cincuenta años. Pero nos ha dado, no un seco o jugoso catálogo de nombres, con comentarios más o menos anodinos de obras. al modo de las "Literaturas" de deplorable uso en nuestras aulas, sino una acertada y vivaz guía. Para quien no haya leído con cierta abundancia los escritores europeos contemporáneos, este libro será farragoso e incomprensible, y lo abandonará (probablemente, en el prólogo). Para quien, en cambio, haya recorrido esa literatura, este ensayo (trescientas páginas) puede ser el hilo que lo guíe entre "El castillo" y "Medea", en Elliot y en "Cuando se es alguien", y, más que nada, en el movimiento actual del intelecto.

Claro está que no es un libro dedicado a especialistas (ni tal es su intención, a pesar de ciertas ojeadas agudas que bien pueden inquietarlos), sino una obra dirigida al aficionado, al público más o menos inteligente, al que "quiere saber". Es, en cierto sentido, un libro escrito para alumnos. Pero, también, algo más: el intento de un profesor de humanidades de ver y hacer ver objetivamente con buscada perspectiva, qué son y

qué significan los aparentemente contradictorios esfuerzos de los creadores del siglo veinte; y de lograr una visión total que indique cuál es el sentido subyacente, por encima de manifiestos, declaraciones y encontronazos, que da unidad a ese siglo como época cultural. Marill encuentra esa raíz unitaria en el suceso que marca abiertamente el principio de siglo, aun cuando ya hubiera sido anunciado anteriormente: La quiebra de la razón; el viraje antiintelectualista que declaró caduco y desecado el racionalismo y se lanzó en busca de la realidad vital, de las fuerzas que realmente dominaban el mundo ya que la razón se había demostrado incapaz para hacerlo. Esa negativa a seguir mirando el mundo con ojos racionales y acostumbrados es la actitud común que une a Pirandello y a Huxley, a Gide y Claudel, a todas las personalidades y a todas las corrientes que han significado algo desde entonces. Y de ella nacen, por un lado, todas las negativas que se opusieron a la vieja visión desechada: los ataques a los valores hechos, a las jerarquías aceptadas, a las ideas de confección, a las autoridades reconocidas, a la satisfacción, a la respetabilidad. Y por el otro lado, como consecuencia positiva, ya que se había desechado (o perdido) el cómodo soporte de la razón admitida, la búsqueda directa de la vida, las fuentes que dieran fe vital y posibilidad de existencia, sino de conocimiento, a la aventura que emprendía el hombre desprendido del seguro regazo racional. Trata entonces Marill de seguir las diferentes rutas que se abrieron desde aquel demoler inicial.

Tanto las rutas más o menos particulares que las distintas posiciones iban manifestando: cristianismo de Péguy o de Bloy, dionisismo de Lawrence, escepticismo de Huxley; como las grandes curvas comunes que iban hallando y en los que coincidían aunque fuera desde ángulos divergentes: el gozo primero de la libertad, la embriaguez de los niños terribles, la misión sacerdotal del artista, la gran aventura, en fin, frente al mundo inexplorado y sin leyes, y el desembocar terrible de esa aventura en el cielo cada vez más lívido a partir de 1933, hasta el horror obligatorio y sin reglas de la última guerra. Marill logra dar la visión que pretendiera, logra mostrar el dibujo dinámico del plano general, con los diversos anhelos, las ilusiones, los temas que han ido apareciendo, superponiéndose, reemplazándose, combinándose y combatiéndose desde 1900.

Si se hubiera limitado a esta visión descriptiva, mostrándonos cómo el bergsonismo y dadá, el descubrimiento del subconciente, el cubismo, el futurismo y el existencialismo tienen una raíz común; si se hubiera contentado con decirnos cuál es esa raíz y cuáles son sus consecuencias, y de qué modo se vuelve a ella en cada instante del crear actual, tendríamos inobjetable el

fresco que nos prometiera en su prefacio, aún con las soluciones que propone y que pueden parecernos o no satisfactorias. Algo, por cierto, se podría retacear, y aun ese algo sujeto a discusión y dependiente en gran parte de apreciaciones personales. Tal vez, en efecto, pueda achacársele que en su afán de lograr una más viviente forma caiga un tanto en el desorden y en insistencia, probablemente producidos por el deseo de señalar bien la aparición y sucesión de los temas; tal vez se exceda en las transcripciones, aumentando aquella impresión; y, no logre una sistematización que permita orientarse al desprevenido. Finalmente, y esto parece más grave, tal vez pueda advertirse que selecciona los autores y las citas en vista de la tesis sostenida, y que omite algunos nombres: esto, de por sí arbitrario en principio, implica no pocas veces una valoración probablemente errónea, o injusta. Lo dicho merece una explicación. Es evidente que la renovación intelectual de las ideas de nuestro siglo con respecto a los pasados, sobre todo con respecto al inmediatamente pasado, se debe a la aparición (más bien, a la revaloración y a la generalización) del irracionalismo. Pero al lado de esa corriente (inevitablemente avasalladora), no es menos evidente la persistencia del deseo de racionalidad; no ya la racionalidad habitual, ramplona y un mucho aburrida del siglo XIX, pero sí de la racionalidad en un auténtico y más original sentido: cada literato, cada filósofo, cada creador, ha estado bogando en esas dos riadas, algunos más marcadamente en una, otros tratando de conciliarlas. No se trata, por otra parte, de un hecho insólito en la cultura occidental. Ese irracionalismo ha preponderado más fácilmente en algunos países que en otros: el europeo de Francia, de Alemania, de Italia, no sólo ha vivido más actualmente esa posición, sino que la ha sentido justificada por el cataclismo de la guerra. Para los americanos, al menos para los sudamericanos, la guerra no ha significado el apocalipsis: ha sido tan sólo otra de las seculares matanzas (horrible, sí, pero tan sólo otra) que caracterizan el destino de Europa. Para nosotros hay todavía mucho vacío inmediato que salvar; es decir, en cierto sentido, mucho que esperar, para que el irracionalismo pueda significar otra cosa que una más completa actitud vital sin que ignoremos lo que ha significado en el panorama europeo 1920-1945. Nada puedo asegurar de la situación de otras partes del mundo al respecto, pero sospecho que existen otras latitudes más cerca de América que de París. Marill comete entonces una doble omisión: Por una parte, usa un amplio borrador geográfico, y, por la otra, dentro del ámbito elegido, ignora o toma fragmentariamente ciertas individualidades, aun aquéllas que significarían un aporte a su tesis. Doy por cierto que lo ha hecho

premeditadamente, y que las omisiones de algunos nombres dentro del ámbito europeo no responden nada más que a la falta de su gravitación directa en el clima cotidiano; aunque sospecho que algunas alusiones en el sentido estrictamente filosófico y científico hubieran ayudado a comprender el cuadro sentimental en que la obra se mueve. Precisamente a esas omisiones cargo las objeciones de tipo clínico que encuentro a las tesis causalistas de Marill. Debe reconocerse que, en el orden de las omisiones que le achaco, Marill hace varias salvedades. Una, en el prefacio, en la que aclara la limitación geográfica de su obra; otras, en capítulos aislados, en las que señala la actitud de quienes no renunciaron a la razón. Pero eso no basta. No basta declarar que se ha limitado el estudio a cinco países, por una suerte de comodidad de presentación, y por importantes que sean esos países en el orden elegido, cuando luego, en el texto, se da por sentado que “todos” los hombres han sentido y vivido igual aventura; no basta tampoco citar las actitudes opuestas, dentro del ámbito elegido, cuando, habiéndose presentado un cuadro general y fluido, se hace de esas actitudes algo como excepcional, bizantino, y como a contramano de las ideas prevalecientes en la época. Creo, por el contrario, que una estratégica referencia a estas excepciones, de regiones y de grupos culturales, relacionada con el cuadro general, hubiera ayudado, tanto como la que antes indiqué, a completar la visión de conjunto, sin desvirtuar en absoluto, sino confirmando la tesis general. Y entiendo que esa actitud de Marill es la que lo ha llevado, asimismo, a seleccionar arbitrariamente las citas y a incluir algunos nombres de otro modo difícilmente explicables. En efecto, es inevitablemente un poco arbitrario (por no decir más) citar frases cortas y casi lapidarias de un hombre tan complejo, prudente y meandroso en el definir como Ortega, por ejemplo, quien ha declarado expresamente su opinión de que la verdad no puede decirse brevemente. Y es también, inevitablemente sorpresivo que se utilicen, pongo por caso, opiniones como las de Gómez de La Serna. Cierto es que, como aditamento a la tesis, facilita el nombre de España; pero no parece que el ejemplo del bueno de Ramón, a pesar de sus éxitos acrobáticos en “este” lado de los Pirineos, dé fe de la caladura, extensión o importancia de una posición en sector alguno.

Bien, con todo lo dicho, la descripción de Marill es buena y válida. Pero (es inevitable poner peros a lo que nos parece digno de comentario, y es señal de valor en una obra el que provoque el disenso), Marill no se conforma con presentar un cuadro de hechos: quiere indagar las causas profundas de esos hechos. Y es aquí donde comienzan mis disensiones. Ya en los

primeros capítulos provoca algún sobresalto la facilidad con que explica el sentimiento irracionalista. Por allí se deja decir algo como esto: Que el viraje antiintelectual se debe al desconcierto que en los intelectuales produce el excesivo desarrollo del pensamiento, que se ha vuelto demasiado difícil. Algo de eso es cierto. Mas es indudable que debe tomarse con beneficio de inventario. No puede dudarse que el conocimiento universal escapa siempre al hombre medio, en tanto todavía no se ha "facilitado" y aún más, no parece que los intelectuales de 1700 o 1800 fueran tan sabios como podría creerse. Pero puede admitirse que la frase es cierta desde un punto de vista subjetivo y sentimental, cuando no desde el de la verdad estrictamente objetiva. Lo que quiero establecer es que el irracionalismo no es eso sólo, sino la posición entera del pensamiento del siglo veinte, cuya razón se ha hecho irracional en sí misma, en un particular sentido que excede el simple desencanto ante los límites de la razón. Es especialmente a esto a lo que me refería cuando lamentaba que se hubiese dejado de lado la posición de la filosofía y de las ciencias en el pensamiento actual. Ya Ortega nos recuerda en *El Espectador* (y lo cito porque es uno de los pocos pensadores no artistas que utiliza Marill) que no puede olvidar el aporte de la física y de la biología modernas, quien pretenda entender el sentido del pensamiento de Occidente. No puedo dejar de hacer notar, en puridad de buena fe, que Marill introduce después algunas correcciones a su primer decir; pero lo mantiene. Y esa manera un tanto sorpresiva de resolver las cosas (quizás inducida por necesidades profesoras), nos provoca a no mucho andar, nuevas dezasones, siempre en el terreno del estudio causal del cuadro del siglo veinte. Para dar un solo caso: ¿Qué significa, esa tesis de que el freudismo ha nacido como sucedáneo de la vivencia de los clásicos? Acéptese o no el freudismo en sí, no cabe poner en duda que su aparición obedece a causas más profundas que el haberse convertido los clásicos en mero material de ilustración. Y esta afirmación la dejo por cuenta de Marill; así como me reservo la discusión amplia del problema, bastante complejo por cierto. En el mejor de los casos, y aceptando la verosimilitud de la tesis, no puede dejar de observarse que tanto la vivencia anterior, como el actual conocimiento de los clásicos, ha estado apenas reservado a unos pocos durante un relativamente corto lapso, inevitablemente posterior a los clásicos mismos.

Antes de terminar quisiera *lonjear un par de chicaneos*, uno, por cuenta de Marill; el otro, supongo, por cuenta de los editores. El primero: me he referido varias veces al autor como profesor, y lo es, en el mejor sentido de la palabra. Sin embargo

la función de traducir al público "lo que pasa", lleva con sí, casi ineludiblemente, una carga filistea. Y a ella sucumbe Marill en un aspecto sintomático: la ausencia de ironía para juzgar las cosas. Ya el caso Ramón G. de la Serna podría servir de ejemplo; pero la actitud excede tal accidente, e infisiona muchos juicios.

El otro, lo advierto desde ya, lleva bastante mala fe. ¿No son inexplicables esos epígrafes, o como se llamen, que adornan el margen superior de las trescientas veintisiete páginas del tomo? Su habitual saborcillo melodramático es digno de una antología de letreros borgianos, y no puedo resistir la tentación de copiar algunos, para cualquier futuro recopilador. Atiéndase: "Los afanes de gozo. Estallido del pensamiento. Los niños abandonados. Humillación de la filosofía. Los huérfanos del siglo. Restauración del misterio. La audacia sensual y mística. El deseo es vida. Hacia el eterno amanecer. Némesis. El mito de la vida burguesa. Las maravillas del universo. La época de los hombres maquillados. Las flores estériles. Una jungla inexplorada. La celda del letrado...". Y renuncio. ¿No es verdad que parece una lista de Maucci, con la enumeración de las obras completas de Eugenio Sué, Gorky, Salgari, Gutiérrez, Vargas Vila y Delly? Entre los trescientos y pico los hay mejores, pero podría suprimirse todos, ya que ninguno tiene nada que ver con el texto; y que me perdone el de la idea. Por lo demás, sospecho quién puede ser el creador, al menos si atiendo a la horripilante versión castellana.

En fin, no es esta la terminación adecuada para una nota sobre libro tal, y debe ello ponerse en la cuenta de mi exceso de meticulosidad; así como en la de mis escrúpulos, el que ocupen materialmente más espacio las críticas que las alabanzas; pero para no desmentirme quiero remarcar que la obra, en su conjunto, es un aporte estimable, en realidad posiblemente el primero de su tipo, para lograr una visión total del movimiento artístico y literario del presente siglo; y una base para encarar, por encima de las particulares pretensiones, los movimientos parciales que lo informan.

SAN MARTIN y VIAMONTE

"LAS CIENTO Y UNA"

Apreciamos a un Hernández o a un Hudson en la medida que los descubrimos pegados a los acontecimientos o a una determinada forma de vida, despiertos hasta en aquel rincón de la subjetividad que generalmente se aquieta y se duerme.

Comprendemos que la unidad de Alemania es trabajo para los alemanes. Chanceamos con Francia: Indochina hace pisar la palabra "libertad" en boca de los franceses.

Entendemos que la cuestión equívoca del judío es primariamente su propio quehacer.

Sin embargo, después de confinar las responsabilidades, algo se vuelve contra nosotros mismos y encontramos —¿de pronto?— que es cosa bien nuestra, y de nadie más, la realidad argentina en el correr de los presentes años.

Pero no nos apuremos.

Tal exigencia no ha logrado conmover el espíritu de nuestras publicaciones en las que el destierro de lo propio es sonante patencia. Dos tomos de E. M. Estrada (es significativo que haya tenido que publicar en Méjico) salvan al tratado sociológico pero no nos salvan a nosotros mismos. En cuanto a diarios y revistas, abundancia es sinónimo de falsa proliferación.

Por su parte la novela argentina, excluida de las demás conciencias, es trabajo privativo de especialistas. Pero, ¿qué pasa con el escritor argentino?

De los nuevos se sabe nada o casi nada. Ahora comienzan a publicar. Los viejos quieren olvidar lo principal: que escribir es impugnar. Que no hay presentismo verdadero sin impugnación, al menos en nuestra actualidad social. (No se trata de combinar con habilidad. Un término mienta al otro y recíprocamente. De otra forma viviríamos hoy lo que olvidaríamos mañana o habríamos de movernos en lo eterno-permanente, símil de tan pesada mole, que no valdría la pena preocuparse. Impugnar es cambiar, mover, variar los planteamientos. Desconcertar, si se quiere y no se piensa en el superrealismo).

Señalando tal situación sale a la venta en el mes de junio, una revista literaria, "las ciento y una". Con artículos cortos, nerviosos, algunos grandilocuentes, responde a una necesidad: repasar, enjuiciar, y por sobre todo, romper con una era de silencio, epidermis de una realidad informe sobre la que no se aventura la más mínima interpretación. "Quién hay que por lo menos denuncie ya que no modifica", se escribió sintelizando lo más importante de la postura de la revista.

Pero "las ciento y una" no va más allá de su nacimiento. En la editorial eran amigos de ciertos escritores a quienes no se trataba bien en el segundo número y se crea una situación particular que finaliza con la renuncia de la Dirección. Flujo y reflujo. Vuelta a nuestra conocida gratuidad, a la quietud.

Lo bueno que había en ese único número —tenemos que pronunciarlos— se lo podría buscar en los artículos individuales. Dos de ellos —

Una moral de repuesto para Estados Unidos, de D. Viñas, y Desde la Carne de Buenos Aires, crítica al libro de Valentín Fernando, firmado por C. Correa —dejaban ver una preocupación por rastrear al lector y, cosa que se está rarificando, la comprensión de que tener una lapicera en la mano apura, porque compromete, porque no se puede hablar “de pronto” sino que hay que ganar el derecho a hacerlo, (ya que se lo quiere al descubierto). Sin embargo —hablamos de lo bueno— ello estaba en la actitud general de la revista, en la postura. En su anunciarse a sí misma como denuncia. No en lo denunciado en particular que fué poco o demasiado sabido —no hay afán de ironizar—, sino en la postura misma. Ella no quedaba ahí, no podía quedar ya que comprometía su futuro, lo determinaba de antemano. Los números posteriores deberían ser “higiene y ventilación”, y en ellos no habría que traicionar al determinante: la postura del primero. Decía Murena: “No es la primera vez que denunciamos este juego. Ahora agregamos que ponemos en marcha todas nuestras fuerzas para terminar con él”. Era el proyecto de un futuro que no iba a ser fácil pero con el cual se debería cumplir. Tal lo mejor de “las ciento y una”.

También podríamos hallar lo malo individual en algunos artículos: se hablaba de “escamoteo” a propósito de cuestiones tan diferentes que al fin no entendíamos de qué ni de quienes se trataba (por otra parte la palabra está inscrita en el haber de escritores y revistas desde hace varios lustros, tiempo suficiente para hacernos pensar que el pronunciarla no es más que una nueva forma de escamotear, más sutil), o en la dispersión de la crónica, acopio de opiniones sobre Artes Plásticas, Historia, Teatro y Música. Pero no se trata de nada de eso.

En lo mejor estaba el germen de lo peor: la revista no tuvo segundo número. La postura primigénica se deshizo; queda de ella un agrio sabor a frustración. Es todo lo que encontramos.

Es cierto que la culpable principal es la burocracia, pero sólo la principal, luego la culpabilidad se distribuye. El criterio es la cercanía. También es cierto que el deceso de “las ciento y una” no perjudica a nadie. La realidad está “llena como un huevo”. Hay varias revistas en Buenos Aires que cubren las necesidades dobles de los que en ellas publican y de los que sienten curiosidad por saber qué cosa han publicado. Pero al levantar un inventario debemos recordar su más cara posibilidad: iniciar la búsqueda de otro tipo de lector. “las ciento y una” podría haber sido un lugar abierto para el que quisiera intentarlo. Pero ¿quién lo quiere?

¿Qué pasa con el escritor argentino?

Tal vez se trate de un retorno a la conciencia del hombre medieval para quien escribir era saber comentar —los textos sagrados— y la violencia analfabeta.

OSCAR ABELARDO MASOTTA

Juan Carlos Ghiano. Raigal, 1953. — *CONSTANTES DE LA LITERATURA ARGENTINA*.

Cuando terminamos la lectura de este volumen lo primero que salta a la vista es su falta de unidad. Reúne en él el autor una serie de estudios literarios que, según reza el prólogo “...repiten distingos que buscan definir las preocupaciones de nuestros escritores representativos, de nuestro pensamiento responsable”. El primero de los trabajos puntualiza en una sumarisíma vista panorámica de la literatura argentina esas constantes: “escasa popularidad de nuestros representantes cultos; el problema de la lengua fué y sigue siendo preocupación esencial de los escritores adscripto a un problema nacional; doble actitud ética: la investigación moral de sus propios problemas y la intención moral de sus obras”. Pero nos encontra-

mos con que los citados estudios no demuestran con ejemplos tales constantes como sería dable suponer. Esas constantes, por otra parte, nos parecen demasiado vagas y generales como para ser aceptables y valederas. Además, en la intención de anotar rasgos distintivos, llega Ghiano a afirmaciones discutibles y que pueden aplicarse a cualquier autor de cualquier país, y ponerles el rótulo de "argentinas" solo nos retrotrae a una miopía que creíamos dejada atrás hace ya mucho tiempo. Por ej. pág. 107, hablando de Güiraldes: "En última instancia, son sus cualidades personales sobrepuestas a las acechanzas del asunto y del lenguaje elegidos. *Doble disposición de hombría que esencializa otra constante argentina*" (¡). O con respecto a Cané, pág. 76 "Fuera de los aciertos temáticos, hay en su prosa una fidelidad (?) estilística que resulta familiarmente nuestra". La enumeración de esas características de estilo no son suficientes como para colocarlas dentro de una tradición propia. Aunque nosotros aceptemos y sintamos que es así, esa "familiaridad" hay que mostrarla con ejemplos objetivos y no con sentimientos. Y esas afirmaciones vagas, si a primera vista pueden halagarnos, no son aceptables teniendo en cuenta lo ganado en precisión por la crítica contemporánea. Así por ej. pág. 74 "Sin la jactanciosa suficiencia de Mansilla y de Wilde, Cané impone su *aristocrático tono medio* nada burgués, nota nueva en la literatura hispánica del siglo" que una vez analizadas pierden todo sentido o son discutibles pues podemos hablar de tono medio y de aristocracia en Valera por ej.; o hablando de *La Bahía de Silencio* "...ésta representa un término medio entre la pormenorización demostrativa a lo Roger Martín Du Gard y la concreción simbólica a lo Sinclair Lewis. Importante es la ambición —*tan argentina*— de reconstruir toda la vida nacional, pasada y presente, en torno a un personaje..."

Otra de las características de la obra es su desigualdad cualitativa. Las fallas anotadas no excluyen sus aciertos, como la ponderable caracterización que Ghiano realiza de los hombres de nuestra generación del 80, o la puntualización de ciertos rasgos generales de Cané y de los valores de su obra, de su concepto del arte literario, de sus ideales de creador.

Ejemplar es el agotador análisis de la composición de "Don Segundo Sombra" y de los problemas de técnica novelística que se enfrentó Güiraldes al realizar su obra que "propone gran parte de los problemas impuestos al escritor argentino contemporáneo, válidos no sólo por lo que resuelve, sino también en lo que ejemplifica de la situación espiritual del artista americano".

El mejor de los estudios del libro es el dedicado a Mallea novelista. Destaca en él que si bien la aparición de *Historia de una pasión...* cumplió en su momento el papel suscitador a que fué destinado, no quedaban posibilidades futuras al insistir en esa solitaria angustia incompañable ante los problemas que preocupan a todo escritor o artista de América: "la búsqueda desesperada de los propios alcances y la elección de posibles raigambres", pero Mallea no logró soluciones definitivas a tales problemas, y toda su obra novelística ha mostrado cierta categoría de agonistas "hombres ahogados por una esperanza que no se concreta, que ni siquiera se define".

Pasa revista a toda la obra y con respecto a "La Bahía de Silencio" comenta cómo la "intencionalidad destruye el interés de los acontecimientos... con explicaciones en las cuales el ensayista anula al narrador". Analiza el tipo de hombre ("desterrado") tan característico de Mallea "voluntariosos aislados, hechos de rebajadoras nostalgias europeas y admiraciones improductivas, encerrados en su inmediatez para defenderse del contorno vivo de un país que puede asaltarles algún peligro de simpatía", y menciona a esta obra como expresión de crisis en este tipo humano cuya "incapacidad

última de comunicación es para Mallea manera primordial de lo argentino”.

Anota también la desmedida importancia que los problemas nacionales asumen en ella y su “preocupación de equilibrio, que es casi frialdad, no sólo en las disposiciones temáticas, sino también en las expresivas”, comparando esto con los constantes reclamos de pasión que Mallea realiza en casi todas sus obras.

Completan el volumen un estudio sobre Echeverría que nada de importante agrega a lo ya sabido; una breve historia de nuestro teatro con observaciones inteligentes; y una superficial —por lo breve— reseña de nuestra literatura contemporánea donde encontramos juicios como éste: “Habría que recordar, sin embargo, la pintoresca eficacia designativa de Silvina Ocampo...”.

A pesar de ello puede servir como conjunto escueto de datos sobre nuestros escritores actuales. Agreguemos finalmente una lista hecha con buen criterio selectivo de las obras teatrales escritas en nuestro país durante el siglo actual.

R. A. BORELLO.

Norma Dumas. En cinco tiempos. Ed. Botella al Mar, Buenos Aires, 1953.

Norma Dumas nos ha dado “En cinco tiempos”. Descreo personalmente en la eficacia de la crítica, de Arte en general y literaria en particular. Los valores auténticos se imponen por sí solos, no importa lo que se diga en contra o en favor de ellos. Y en el libro de Norma Dumas hay valores auténticos, que se impondrán tarde o temprano por sí mismos, de modo que es innecesario e inútil señalarlos ahora en forma expresa.

El poder nominador de la palabra está siempre oculto y como latente en la palabra misma, y sólo espera que el humano pensar lo descubra y lo haga patente. Pero las más de las veces se ha atendido —sobre todo en estas últimas décadas— a la nominación en cuanto tal, es decir a la potencia meramente formal de la palabra. Este lenguaje de símbolos puede halagar eufónicamente o satisfacer una inquietud mental periférica; en todo caso sólo trasunta una intrínseca decadencia, porque la nominación lo es siempre de lo nominado, y esto es precisamente lo que la hace ser lo que es y no una mera combinación de sílabas.

Norma Dumas dice algo. Y en su libro importan por igual el decir y aquello que es dicho, en una unidad plena de sentido.

Ahora bien; hay muchos modos de decir algo. Cabe la posibilidad de agotar lo que se dice sin dejar residuos. Cabe la de insinuar lo que se tiene a decir rodeándolo con imágenes o metáforas más o menos sutiles y superficiales. Y cabe ir a lo que se va a decir en un impacto directo que forme círculos concéntricos a su alrededor, pero no rodeándolo de afuera hacia adentro sino a la inversa. Esta última fase del proceso corre por cuenta del que lee “En cinco tiempos”. Se recibe el impacto, y el horizonte de significaciones virtuales se ensancha en todo sentido, es decir concéntricamente.

Pero Norma Dumas dice todo esto mejor y en menos palabras:

“Los momentos pertenecían a los hombres, al tiempo de los hombres, a su imaginación, a su sentido estético y sobre todo a ese estratégico poder temporal sin el cual todos los relojes consultarían hombres cuando quisiesen accederse al tiempo”.

Otras veces, entramos en la esencia, plenamente lograda, del retrato psicológico:

“Nada más”, se repitió a sí mismo en voz alta, perfectamente convencido y aspirando el aire con afectación, apretó el paso varonilmente, varonilmente introdujo las manos en los bolsillos y con infinitas ideas varoniles, tomó un atajo hacia su casa. “A Ana no le gusta esperar” masculló entra

dientes, y empezó a correr su hombría por las calels."

Por todo esto es inútil buscar un "desenlace" a los cuentos de "En cinco tiempos". Cada cuento es él, todo entero, un desenlace.

Y, lo que es más, un símbolo. Porque no puede ser nuestra época — como se pretende — una época de crisis. En épocas de crisis no surgen valores como Norma Dumas.

ANGEL JORGE CASARES.

F. J. Solero: *EL DOLOR Y EL SUEÑO* (Schapire, Buenos Aires, 1953).

Dolor y sueño cruzan la dimensión poética de Solero, en las dos latitudes: la de su cuerpo y la de su patria. A ella asisten, la impostergable urgencia de vivir, de continuar, de inaugurar cada día la presencia de la sangre; y el reconocimiento de nuestro sueño americano, agostado en jornadas históricas y políticas, renaciente en cada generación fecunda.

Dolor y sueño nuestro y de nuestra América, dieron a la voz de Solero una expresión dura, brutal, antipoética, como una figura de la inmediatez vivida. Pero hay en ella un latido trascendente que aspira a soltarse de los términos cotidianos e impotentes.

Aquí el valor del libro, sinceridad y vida: violentas, desgarradas del tiempo recorrido, para adquirir su forma expresiva.

Cuando en "*Llego con una vieja herida*" (pág. 7), dice:

*Qué horas las de esta vida,
despedazada en ancho y olvidadizo tiempo.
Qué horas, hermano,
junto a mí, muy cerca de mi mano y mi refugio.
Que la vida es como un tronco,
mecido por las balas hirvientes de la gracia,
y hay tanta aquí, aquí,
andando por el cuerpo mordido de la patria.*

como una estatura geográfica, nace la emoción entreverada de su vida y su tierra, unidas en una común potencia germinal.

Se escurren entre sus páginas hallazgos poéticos, pero imposible es transcribirlos en pocos versos, sus hallazgos son rescates sorprendidos al transcurso, en la carne de la historia. Así es en: "*Mi cuerpo*", "*La garra*", "*Batalla del amor*", "*Aquí*", "*El río*", "*El destierro*", "*Cabecera del puente*".

La mujer, la ciudad, la tierra se identifican para Solero, a través de un epíteto común, *yegua*. Es lo fecundo, el cauce maternal al que se estrecha con una furia vieja, el abrazo humano, errante ("*Canto terrestre*", "*La madre*").

Este libro nos plantea el problema sobre lo que es un testimonio. El interrogante sobre la expresión poética, ajena radicalmente a su forma propia.

Por las cuatro estaciones del libro gime un lenguaje plagado de mal gusto, de ripios tangueros en lugares comunes.

Cabría preguntar también hasta dónde lo descuidado, es el vaso de lo que nos parece cierto y cabal. Creo, a veces, que existe entre nosotros el mito de lo espontáneo, de lo brutal y golpeado; y que en su persecución se enajenara todo intento de trabajo detenido y cuidado. Y en la poesía dicha a borbotones, a manotazos, efectista a veces, se manifestara mejor la entraña.

Debemos esperar, que aquellos que tienen algo que decir — y que parecen tan pocos —, se exijan un tránsito poético.

A. A. G.

PERIFERIA

EL JUDAS DE LANZA DEL VASTO

Lanza del Vasto, poeta, filósofo y gran novelista, según reza con verdad la solapa de su libro, nos presenta un Judas humano y a la vez tipo; toda herejía, toda inútil y desesperada soledad, toda traición, toda perversión de saber y de amar están retratadas en él.

Emprende el camino estrecho de la virtud y el ascetismo, se iguala en renunciación y sacrificio a Juan, el del desierto, para demostrar que "Lo que Juan hace, Judas también sabrá hacerlo". Se viste de humildad como todos los soberbios y egoístas. Deja creer a los buenos y puros de corazón en esa humildad. "Y Judas se regocijaba en su corazón porque el profeta lo había tratado de igual a igual.

Tiene el falso pudor de los débiles y pusilánimes. No resiste la mirada del amante, mirada que desea y no resiste porque lo disuelve y desintegra. No tiene en lo hondo nada con que responder, nada a fundir con el ojo que lo mira y que lo ve.

Toda su vida es un puro no amar, o mejor, un amor de Judas. Registra todas las cegueras del que quiere y aun cree amar. No sabe lo que quiere. Está consubstanciado en incompreensión de amor. "Justamente por eso, Juan, te amo. No amo a los buenos".

Soporta las fatigas de la virtud, sabiendo que no es virtud en él, justificándose por soportarlas. Halagado por ello. "A fuerza de estar solo y de discurrir consigo mismo, Judas era cada día más célebre en su corazón".

Miente, éste es el núcleo de toda su esencia de traidor, de hereje, de no amigo, de no humilde, de no amante, de no hombre en soledad. "He aquí al que miente cuando ayuna y cuando reza; el que miente cuando calla; al que, solo en el desierto, miente; desnudo en el umbral de la muerte, miente". Lo que él cree su autenticidad es una nudosa y retorcida sucesión de mentiras. La ropa, disfraz. El gesto, careta. Su misión, trampa burda. La vida toda, falsificación y estafa. Lo peor, su crítica a la inautenticidad de los demás, de los que no la tienen porque advierte, fino, la carencia. De los demás, los pocos que la poseen, porque son neuróticos, fanáticos o locos.

Pervierte su relación con los niños. O los ama carnalmente o los busca como a representantes de una pureza que no tiene y que no acepta sino en ellos. No existe, para él, la pureza en el que vive y ha vivido.
Judas no comprende.

Reniega de María de Magdala la mujer a quien creyó conocer antes que Jesús y que Jesús poseía desde siempre. Cuando ella sale, limpia la cara de afeites, vestida de resolución, anñada en pureza, Judas la abomina en sus pensamientos, proyecta gozarla ahora. "Para vengarse de no poder menos de ver que María no Magdala se había convertido en otra".
Judas no comprende.

Y un sueño tuvo: "Judas era sordo y ciego y Jesús lo llamaba; Judas no lo oía ni lo veía porque era sordo y ciego; y sin embargo sabía que el Señor pasaba y llamaba a todos, y llamaba a Judas por su nombre; y de los muros de las casas, de los lechos, de las tumbas, todos los hombres, los

sordos, los ciegos, los enfermos, los muertos, se levantaban para seguirlo; y Judas quería levantarse para verlo al menos; pero entonces supo que estaba parálitico y que sus miembros se negaban a obedecerle y respiraba hondo y sudaba de angustia.

Mas habiendo despertado, rió, pues la mañana repicaba en las calles, y podía estirar las piernas a gusto. Siempre los Judas que andan por el mundo rien luego ante su estómago o su cabeza —da lo mismo— ciegos, sordos, para todo otro valor. Y Judas rió.

Judas no comprende.

Sigue su paralelo calvario “al revés”, labrando el camino negativo hacia su crucifixión y muerte. Labrando su vida engarzada en odio.

Ve por primera vez a Jesús. “Sus ojos eran una llama de agua y miraban en la multitud, a él solo”. Comienza cada uno a cumplir su destino en la profecía. Judas se le acerca un poco azorosamente. Jesús se le acerca decidido y lo saluda con un beso. Queda armado discípulo, siempre así surgieron los Judas de entre los dilectos.

Y ama a Jesús con odio, especulación, celos, envidia, “único hombre de un consejo de estatuas”. No ama a los discípulos que le disputan la preferencia del amado pero hace como si los amara, adopta aires de inocente, querría gustarles, gozar de su estima. Siempre los Judas tratan de ser preferidos, consultados, estimados, considerados por su discreción y mesura; aun sin tener en nada el juicio del que los considera, estima, prefiere y respeta; disfrazando su mofa con solicitud y ternuras.

Judas gusta de afearse ante los demás, de sobresalir por algo, por su confianza. Siempre hay un Andrés que escucha. “Y sin embargo sabía que una vez solo se encontraba mejor que antes”. También los Judas se encuentran mejor solos. En esto se asemejan a los buenos de la soledad. Hombres auténticos que necesitan de su soledad para relacionarse esencialmente con las cosas, con los hombres, con Dios.

Judas es filósofo. De los doce, el que sabe. El que enseña y escribe. Y pervierte el saber, deforma cuando enseña, oculta sus escritos.

Si los otros se amaban, Judas malentendía su amor, (¡Ay de los psicólogos que se olvidan del hombre!).

Judas perdona los pecados, tiene ese poder pero, hunde con sus amonestaciones al penitente, se regodea con la pintura de los pecados, arremete contra el candor y la inocencia. “Así es como Judas asumía los pecados del mundo”.

Judas hace milagros, pero le molesta, no soporta sentirse instrumento de un poder que desconoce, un instrumento enteramente igual a cada uno de los doce que los hacen a pesar de su ignorancia, a pesar de su simplicidad.

Comienza entonces la pesada e inútil tarea que continúan todavía hoy tantos Judas que ambulan por el mundo: sembrar la duda y el temor. Sin embargo, cada vez se aparta con restos de palabras que lo asedian en su resentida soledad.

Sigue la paralela destinación. “Desde ese día hubo dos que se mantenían apartados y los otros los esperaban y servían con veneración: Jesús y Judas”. Jesús en soledad penitente sufre agonías de muerte porque tiene presentes los vicios y virtudes de los hombres. Los ama. Judas en soledad perversa y halagüeña, llena de regalos que lo entretienen y desvían. No ama. Nadie está presente en su corazón.

!Judas es sensato!: Se pregunta mil veces y no entiende la conducta del Maestro. Hace cálculos, proyecta formas de acercarse a la masa y dominarla. Golpes de efecto. Milagros estratégicos. “¿Pero quién querrá creer en Jesús si se presenta encorvando los hombros?”.

Vuelve a encontrar a María de Magdala. Se adelanta a los otros para verla y la mujer lo cree emisario, le pregunta “¿Dónde está?”.

Judas no comprende.

Visitan a Lázaro. El ordenado y prudente. El que ama a Jesús con sensatez. El que cuida y dispone su casa para Aquél a quien espera desde siempre, Jesús. A Marta, la que limpia, friega y cose. La que ama a Jesús en los objetos. A María, la amante, la perdonada, “la que había crecido distraída”, amando en todos a Jesús desde siempre. A los tres que se desvían de Judas.

Judas abandona a Jesús; última etapa en los andares del auténtico y del que no llegó a comprender. Jesús se humilla, es traicionado. Pedro lo niega. Judas sólo cumple. Las profecías se hacen carne en su obra —Crucificalo— Cristo ha muerto.

Judas quiere probarse su libertad. Disculpase a su mirada. Justificarse. “Si soy libre de hacer soy también libre de no hacer. ¿Quién me dirá que no soy libre de ordenarme no hacer? No iré, no por miedo a obedecer o no obedecer, ni por razón, ni por deber, ni por gloria, sino por no forzar mi libertad de no hacer”. Y fué.

Sube al monte de los olivos, cae por tres veces, los guardias lo obligan a seguir. Sangra. Llega por fin. Flaquea. Cristo se entrega.

Todos bienaventurados pero nunca ya Judas que “no llora, no consuela, no huye, no hiera. Mira y calla. Para toda la eternidad es el que mira y calla”.

Judas bebe el cáliz hasta la última gota. Nada producto de su acto, retazo de humanidad. Ora, grita, se retuerce ante ese Dios a quien sigue sin entender. Porque Judas es fundamentalmente el que no comprende: “Nací desventurado. Busqué el placer y encontré el asco, busqué el conocimiento como un insensato, busqué la santidad y fui más ruin... Me has vencido; no lo bastante para que te llame en mi ayuda”.

Arrastra su cruz y en ella la de todos los Judas del mundo. Asume todos los pecados este enorme Cristo negativo, que ama por lo que no debe, que no cree porque piensa, que no ama porque no comprende. Puro desencuentro y no amar. Tierra seca en que todo se achaparra y demasiado húmeda que todo lo pudre. Gran maldito. Demonio que cumplió con su inautenticidad. Filósofo o poeta de la nada. ¡Judas!

M. M.

A C T U A L I D A D E S

Función política de las organizaciones estudiantiles

En las últimas reuniones de la Junta Representativa de F.U.B.A. se ha considerado el tema "Campo de acción política del movimiento estudiantil". La delegación de Ingeniería, en esa oportunidad, fundamentó su mandato con consideraciones que juzgamos interesante dar a conocer.

INTRODUCCION

El desarrollo del Estado moderno ha revelado que no es garantía suficiente para el individuo el ejercicio del voto y de la libertad de palabra. Ese Estado ha tendido a conducirse al margen de las voluntades individuales y ha limitado paulatinamente el campo en que dichas voluntades pueden expresarse con libertad. Esta tendencia se ha desarrollado paralelamente a un proceso de abandono, por parte del pueblo, de su responsabilidad crítica frente a los problemas colectivos de la sociedad. El Estado totalitario es una consecuencia de la agravación de esos males.

La idea del ciudadano, o sea el hombre que participa en la cosa pública como individuo exclusivamente —con su opinión individual y con su fuerza individual, aisladas— ha sido hoy dejada de lado. Se tiene conciencia en la actualidad de la existencia de organizaciones de tipo social, con características de personas colectivas, que, aunque no son específicamente políticas, reclaman y tienen, de hecho, una creciente participación en la solución de problemas públicos. Ejemplo de este tipo de organizaciones es el sindicato o la federación de sindicatos.

En las actuales circunstancias es cada vez más importante y necesaria la participación de esas organizaciones en los pro-

blemas públicos. Frente a la tendencia del Estado moderno, de mostrarse como una estructura monolítica y piramidal, que acapara el grueso de la iniciativa social, la condición de libertad consiste en una activa participación, crítica y creadora, en los problemas de la sociedad por parte de organizaciones que, siendo independientes de ese Estado, tienen además capacidad propia para sostener su independencia.

El mantenimiento de una autonomía, por otro lado, sólo se logra a través del tiempo por la posesión de un sentido de la responsabilidad social. En cuanto una organización tiene una clara idea actual sobre los problemas de tipo social y político y de su papel en relación con ellos, y cuando tiene además la voluntad de cumplir eficazmente ese papel, es decir, en cuanto esa organización permanece en el mundo, su vitalidad y autonomía, a despecho de cualquier agresión pasajera, quedan aseguradas.

RESPONSABILIDADES POLITICAS DE UNA ORGANIZACION SINDICAL

Una organización sindical tiene por tarea defender los intereses individuales de sus afiliados y reforzar, mediante la agremiación, la posibilidad de los mismos a ser satisfechos en forma cada vez más amplia. Los afiliados a la organización tienen tres notas que los distinguen: 1) ser hombres dentro de una sociedad; 2) tener una determinada cualidad social, la de su oficio, su estudio o sus predisposiciones, es decir, pertenecer a lo que llamaremos una rama social (una rama de la actividad social); y 3) estar afiliados a la organización. Los intereses de los afiliados están caracterizados por esas tres notas y la organización debe velar por ellos.

La primera función política de la organización surge de la defensa de esos intereses. Defensa de la condición de hombre que goza de derechos, de sus intereses gremiales, de la posibilidad de estar agremiado y de la existencia de su organización. Cada una de éstas es consecuencia y condición de las otras y todas implican el reconocimiento de los derechos fundamentales. La primera tarea es pues:

Defensa de los derechos y garantías fundamentales y lucha por su vigencia.

Hemos hablado antes de la responsabilidad frente a las cuestiones de orden general, es decir, concernientes a toda la sociedad. Una organización, en cuanto representa a los miembros de una determinada rama social, en nuestro caso particular la Universidad, asume esa responsabilidad principalmente a través de

las proyecciones generales que su particular rama social posee. Para los universitarios serían los problemas de tipo general que se abordan desde la Universidad, es decir, los que se refieren a la enseñanza, la educación, la cultura y el aprovechamiento del saber acumulado en las aulas. Esa forma de ingresar en los problemas generales da a cada organización específica su característica social. Característica que le otorga autoridad preferente en algunas cuestiones y que le fija límites en otras a que no alcanza. Por lo tanto, la segunda tarea es:

Responsabilidad social, dentro de su campo de acción específica, en las cuestiones que tengan una trascendencia exterior al mismo.

Hay además algunos problemas generales que atañen a la sociedad —como por ejemplo el de las ínfimas condiciones de vida de algunos sectores del pueblo— y que, no siendo específicos del campo de acción de la organización, no pueden sin embargo, dejar de ser tratados. Pero el tratamiento de tales problemas no puede ser encarado sino a condición de que la tarea anterior, de tipo específico, sea cumplida. El ejemplo servirá de base para ilustrar: entre las necesidades de esos sectores en condiciones ínfimas de vida las hay de tipo educacional y cultural de tanta importancia como las económicas. Las organizaciones sindicales universitarias no pueden, lógicamente, tomar posición frente a estos problemas económicos si no encaran previamente la resolución de los otros que les atañen específicamente. Proceder de otro modo es poco responsable e ineficaz.

Aclarado esto diremos que la tercera tarea es:

Abordar los problemas generales de importancia en cuanto pertenece a la sociedad como persona colectiva.

La segunda y tercera tareas políticas de una organización sindical, es decir, las que se refieren a la participación en cuestiones políticas generales, específicas o no, deben estar condicionadas a la formación política de los asociados. Esto es evidente, por cuanto la organización aparece dentro del campo general de las relaciones sociales como un núcleo, como una voluntad de tipo colectivo, acordada con la anuencia de voluntades libres y responsables. De otro modo no se trataría sino de la voluntad de la dirección. Hay por otra parte una exigencia de vitalidad y efectividad. Una organización no vive realmente sino en cuanto el mayor número de sus miembros participa activamente, con acción y conocimiento, en todas sus tareas y posiciones. La formación política de sus asociados es, pues, la única que justifica y hace efectiva la vida política de la organización. Por lo tanto,

la cuarta tarea es:

Formación política de los asociados.

Es una necesidad de la organización participar con su posición e incluso con su actividad en circunstancias graves de tipo político. Esas circunstancias no pueden ser previstas con suficiente anticipación y por eso es difícil legislar con rigidez sobre las limitaciones que debe tener la acción de la organización en esos casos.

Una circunstancia grave es aquella en que un problema decisivo para el futuro, a largo plazo, de la comunidad, se agudiza y debe resolverse en un lapso muy pequeño. Todo organismo social tiene, entonces, una necesidad urgente de decidirse por aquella actitud que esté más de acuerdo con su forma de encarar los problemas políticos. Ahora bien, esa participación sólo puede ser efectiva cuando la tarea de formación política ha sido realizada y cuando las sucesivas posiciones en los problemas políticos han señalado un rumbo preciso a la organización. La quinta tarea, es, por lo tanto:

Tomar posición y actuar públicamente cuando se presenten circunstancias graves de tipo político.

La defensa activa de los derechos y libertades fundamentales es además una obligación ineludible para cualquier organización sindical. Debe recalcarse principalmente esta actividad porque es de carácter fundamental. Sin ella, toda otra labor carece de sazón y se cierra sobre sí misma. Una organización que carezca de esa resolución de defensa de derechos fundamentales carece del motivo mismo de su existencia, que es siempre de carácter ético.

APLICACION AL CAMPO DE LOS ORGANISMOS

Lo dicho tiene validez para las organizaciones estudiantiles a través de sus características. Un afiliado a esas organizaciones tiene cuatro cualidades específicas: seguir una determinada disciplina profesional, ser miembro temporario de un instituto de cultura (la Universidad), estar agremiado a la organización, ser joven.

Todas estas cualidades de sus afiliados dan a las organizaciones estudiantiles características determinantes.

Es evidente que la acción política (aparte de la defensa de las libertades y derechos fundamentales, condición misma de la existencia y organización) debe ser, con preferencia, una labor de estudio y preparación. La responsabilidad adquirida por el profesional en la sociedad es mayor que la del resto de los

miembros de la misma. Por eso la labor formativa es imprescindible y de importancia superior a la tarea externa que la organización pueda tener.

Por otra parte, la condición de estudiante es temporal. En la defensa de esa condición y de sus derechos, no se halla en juego el futuro, salvo en lo que se refiere al derecho a su preparación. Los problemas políticos que afectan a un gremio obrero son vitales para sus afiliados, no así para los estudiantes en quienes la preocupación de tipo político es más producto de una voluntad que de una necesidad. El estudiante actúa más en función de motivos éticos o ideológicos. El gremialista obrero está llevado a la acción por algo más imprescindible, más vital. Resultado de ello es que la acción del estudiante sea menos significativa en el campo político-social que la del obrero. Por eso, la organización estudiantil debe tender a concentrarse sobre aquellas cosas en que verdaderamente influya. Debe limitarse más.

La condición de juventud de los afiliados ofrece grandes ventajas. Por los motivos de carácter ético, preferentes de su acción, por la carencia de ataduras y obligaciones de cada uno de sus miembros, el estudiantado suele ser, en América Latina, el sector más resistente y activo contra los gobiernos dictatoriales. Ese carácter de juventud, sin embargo, lo expone a un grave peligro: la tendencia a hiperpolitizar sus organizaciones.

ACCION POLITICA Y ACCION GREMIAL DE LOS ESTUDIANTES

Para que toda la acción de las organizaciones estudiantiles sea eficaz habrá que regular la relación entre las actividades políticas y las gremiales.

Como hecho fundamental habrá de reconocerse que sólo el cumplimiento de las actividades específicas, gremiales y universitarias autoriza a la realización de actividades de índole política. Esto se funda en reconocer, a su vez, que el cumplimiento de actividades externas (en las que la organización estudiantil aparece actuando como una unidad hacia el exterior) solamente puede basarse en el cumplimiento de las responsabilidades internas (para con sus afiliados uno a uno). Sin ello, toda la acción se realiza un poco en el vacío y, al cabo, sin efectividad. Hay una cuestión práctica a la que hay que atender, y es que la atracción de los estudiantes por los centros se debe, en principio, a las actividades gremiales y universitarias.

Los males de la hipertrofia política de los centros estudiantiles son grandes. 1º hay una pérdida importante de energías gastadas en desmedro de la capacidad física de los centros. Es prácticamente una ley, que los centros estudiantiles hiperpoliti-

zados han descuidado su tarea gremial y han disminuido físicamente su capacidad. 2º acompañando este proceso, se produce una acentuación del sectarismo político, originándose choques y divisiones internas que afectan la vitalidad del movimiento hacia el exterior. 3º hay una tendencia al declaracionismo sin medida, que quita responsabilidad a las organizaciones y que disminuye el efecto de las declaraciones necesarias. Este tema de las declaraciones exige alguna consideración más, dada su importancia. La oportunidad y el número en que estas declaraciones son hechas, dan una idea del grado de madurez a que el movimiento estudiantil ha llegado. Es propio de los adolescentes no concederse límites y tener opiniones, generalmente rígidas, sobre todo lo que hay entre cielo y tierra. El declaracionismo, tal como alguna vez fué practicado por las organizaciones estudiantiles (sobretudo en tiempos de mayor libertad), ha mostrado en forma concreta un avance de lo adolescente sobre lo maduro. Para evitar su repetición es necesario guiarse por una norma de sobriedad.

El criterio a tener en cuenta es el siguiente: 1º evitar que las energías gastadas en actividades político-sociales vayan en desmedro de las dedicadas a las actividades gremiales y universitarias. 2º No excederse del campo en que es posible actuar con eficacia.

CLASIFICACION DE TEMAS POLITICOS

Limitar el campo de acción política de toda la organización como conjunto no significa que, a los efectos de la formación política de los afiliados, se haga la misma limitación. Una cosa es el campo que abarca la organización y otra es el que abarca el afiliado, que es, ante todo, un hombre. Por eso debe hacerse una limitación distinta para las actividades que se refieren a la formación política de los afiliados y las restantes. Hay tres categorías de temas:

Temas político-sociales en los que es posible declararse y participar.

Temas que sólo cabe estudiar.

Temas que no deben ser tratados.

Aclaremos lo que significa estudiar en este caso. Significa mantener algún tipo de organismo oficial (ateneo, periódico) donde se lleven a cabo trabajos de comisiones, polémicas o comentarios, de modo que sus resultados no tengan por fin fijar posiciones sino, simplemente, ilustrar, formar, invitar a las contestaciones, etc.

Esta tarea debe ser cuidada para evitar un desorden que la

haga inaprovechable. En principio será necesario un plan de trabajo estricto, fuera del cual, no se deben realizar tareas. En segundo lugar será importante que la dirección sea ejercida por individuos responsables y conocedores de los temas a tratar, principalmente egresados universitarios.

ALGUNAS CONSIDERACIONES ULTIMAS

De todo lo precedente se extrae, como consecuencia, la necesidad de fijar normas a la actividad política de las organizaciones estudiantiles. Estas normas se justifican pues con un carácter de madurez al movimiento, sirven como guía para el futuro a fin de evitar algunos errores del pasado y tienen un carácter formativo para los estudiantes que pueden adquirir, gracias a ellas, una primera idea de su relación, como tales, con los problemas de la sociedad.

En medio de la crisis, mundial y nacional, que atravesamos, es imprescindible una gran dosis de valor y decisión para superarla, pero son también necesarias la reflexión y la crítica. Muchas cosas deben ser otra vez pesadas y medidas con nuevos instrumentos. Sin ellos, será imposible forjar mañana las soluciones imprescindibles.

A la nota precedente, que creemos oportuno publicar, continuaba EL MANDATO DEL C.E.I. SOBRE ACCION POLITICA DEL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL. En él se especifican con más detalles los puntos políticos y sociales que la F.U.B.A. debe tratar y estudiar.

DEL CENTRO

MEMORIA DE LA COMISION DIRECTIVA - Mayo 1952 - Mayo 1953

El período iniciado en mayo de 1952, encontró al Centro en plena organización del trabajo gremial, pues en el año anterior ya se había intensificado la labor de edición de apuntes y se había efectuado alguna publicación especial.

Se imponía a la nueva C. Directiva continuar el trabajo comenzado y perfeccionar el funcionamiento de las Secretarías y de las Sub-Comisiones respectivas.

Es preciso destacar que la ampliación de la Guía del Estudiante, y su reedición, cumplió nuevamente un excelente cometido en Primer Año, dando a conocer el Centro a los alumnos que ingresaban en nuestra Facultad; esta reedición, efectuada por la Comisión anterior, tendía a actualizar algunos puntos de la "Guía" y mejorar en lo posible el contenido general de la misma.

Además de la "Guía del Estudiante" se cumplió una amplia tarea tendiente a explicar las funciones y finalidades del Centro y sus aspiraciones en el orden universitario. Cabe aclarar que, aunque estadísticamentearezca un número mayor de socios renunciando que de socios entrados, esas cifras son un tanto ficticias, ya que se consideran dentro del rubro "renuncias" a los egresos producidos por expurgación del padrón de socios realizada en base a la Secretaría de Hacienda, y al retiro de la categoría de socios activos de los alumnos que terminaron su carrera o se alejaron de la Facultad. Las bajas producidas por el retiro de alumnos de la carrera aumentó considerablemente en relación a los años anteriores, debido a la supresión del examen de ingreso y del curso preparatorio en otras Facultades, causa ésta que motivó una apreciable disminución del ingreso en la nuestra.

Asimismo, cabe señalar los cambios habidos en los titulares de las Secretarías; en esto influyó también el hecho de haberse retirado de la Facultad algunos de los integrantes de la C. Directiva. Los claros fueron llenados en forma provisoria, especialmente con elementos nuevos, que suplieron su inexperiencia con una extraordinaria voluntad de trabajo.

Detallamos algunos aspectos particulares del trabajo de las Secretarías:

—Secretaría de Notas: Fué ocupada por Miguel Murmis, Susana Giordano y Roxana Balay. Redactó dos Boletines de información a los socios; presentó notas al Decano reiterando el pedido de habilitación de dos nuevos turnos de exámenes en mayo y septiembre de cada año, que ya funcionan, y solicitando la supresión de los exámenes de capacitación en Latín y Griego; llevó además regularmente el fichero de socios; remitió y contestó correspondencia, etc.

—Secretaría de Ateneo: Titulares: Carlos A. Guerrero y Marta Bechis. Organizó una reunión social dedicada a los alumnos de Primer Año; una rifa cuyo premio fué un libro de arte; continuó trabajando en la realización

de Peñas por medio de la Sub-Comisión respectiva, cuyo cometido se detalla por separado.

—Secretaría de Docencia: Titulares: Susana Giordano, y posteriormente, por pase de ésta la Secretaría de Notas, Noemí Fiorito. Organizó los cursos de repaso de Latín y Griego para Primer Año, que contaron con la asistencia de un regular núcleo de alumnos. Los cursos de repaso de este año fueron complementados con la labor de compañeros que atienden consultas de los alumnos sobre estas materias y otras de las diversas carreras, antes y después de las clases, realizando una positiva labor de ayuda y supliendo en parte deficiencias didácticas que parecieran estar definitivamente incorporadas a ciertas cátedras. Reorganizó la Biblioteca del Centro, perdida en parte y en parte dispersa en los años posteriores a 1946, realizando un meritorio trabajo de fichaje y clasificación. La Biblioteca se ha especializado en temas educacionales, principalmente universitarios, pudiendo los socios consultarla los días sábados en el local del Centro. La Sub-Comisión de Apuntes, dependiente de esta Secretaría, continuó funcionando durante este período, y su labor se reseña aparte.

—Secretaría de Hacienda: Titular: Roxana Balay. Consiguió eliminar las deficiencias apuntadas en el período anterior, regularizando totalmente las cobranzas de cuotas, y facilitando así el desenvolvimiento normal de las finanzas del Centro.

—Secretaría de Publicaciones: Titulares: Marcelo Abadi y Ana B. Ilstein. En el año anterior, trabajó casi exclusivamente en la Sub-Comisión de Revista, de la que se habla más adelante. En el que corre, continuó con esa tarea, y además publicó la "Crestomatía Griega para 2do. Año" y la traducción de un Capítulo del libro de Sartre, titulado "Bosquejo para una teoría de las emociones", para los alumnos de 2do. año de Psicología. Actualmente tiene en preparación la "Sintaxis Griega", de Humbert, que había sido comenzada en años anteriores y sufrió una larga postergación.

—Secretaría de Actas: Titulares: Dalila Dujovne y Lucía Mendizábal. Llevó con regularidad el Libro de Actas del Centro, tomando nota de las reuniones de la C. Directiva y de las consiguientes resoluciones.

—Secretaría de Relaciones Universitarias: Titular: Gerardo Andújar. Cumplió su cometido especialmente a través de la Sub-Comisión de Revista. Intervino en la redacción de las tres ponencias presentadas por nuestro Centro a la Convención Nacional realizada en Santa Fe, y asistió a la misma formando parte de la Delegación del Centro.

Conviene manifestar, a los fines de una mejor interpretación del trabajo de las Secretarías, que el trabajo no se encuentra dividido en forma estricta, ya que en las tareas de cierta importancia que superan la capacidad de acción de una Secretaría, intervienen otras, colaborando así a la coherencia del trabajo que se realiza en el Centro.

—Sub-Comisión de Peñas: realizó tres reuniones bastante concurridas, tratándose en las dos primeras, el libro "Las Cuevas del Vaticano", de A. Gide, y en la tercera "La Cuestión Judía", de J. P. Sartre. Continúa trabajando en el año en curso, con el estudio intensivo del problema universitario.

—Sub-Comisión de Apuntes: En el año 1952 se editaron todos los apuntes de las materias de Primer Año y los idiomas de Segundo. En el presente año, se ha ampliado la labor de esta Comisión a la edición de 16 materias. Como siempre, se trata de ofrecerlos al menor precio posible y llegar al mayor grado de seriedad en cuanto al contenido. Este último aspecto no se ha logrado aun en todas las materias, debido al cúmulo de dificultades

técnicas, y en algunas materias la aparición se ha retrasado por el mismo motivo, pero el esfuerzo y la dedicación de los miembros de esta Sub-Comisión ha sido constante, y el resultado es positivo a pesar de todo. En el orden económico, es preciso anotar que se ha producido cierta pérdida, la cual no ha impedido que se continúe editando los apuntes que la originan, para no perjudicar al estudiantado.

—Sub-Comisión de Revista: Continúa editando "Centro" órgano de la entidad, que tiene gran aceptación en los medios afines, y ha merecido algunos comentarios elogiosos que honran el esfuerzo realizado. Han aparecido 5 números de la Revista y está en preparación el sexto. Esta Sub-Comisión llevó a cabo un concurso literario abierto a los alumnos de otras Facultades, siendo digno de nuestro agradecimiento la colaboración prestada por los profesores José Luis Romero, Vicente Fatone y Erwin F. Rubens, que integraron el jurado del mismo.

Trascendiendo el plano de nuestra Facultad, y yendo a las Federaciones local y nacional que agrupan Centros de Estudiantes, encontramos que en todas las Universidades se realizan actividades similares a las nuestras. Destacamos algunas realizadas por el movimiento universitario en el orden nacional.

Paro nacional por el retiro de la personería jurídica al Centro Estudiantes de Ingeniería de Buenos Aires. Esta situación motivó en su momento un paro nacional, que lógicamente, tuvo una mayor importancia en Buenos Aires, donde la F.U.B.A. declaró la huelga general, por 24 horas. Este movimiento mostró al estudiantado de todo el país solidariamente unido, ya que hasta en ciudades universitarias sin representación oficial en la Federación Universitaria Argentina, como Bahía Blanca y San Juan, los Centros realizaron paros de protesta.

Paro por la implantación de Cursos Obligatorios de Capacitación Política. El Centro repudió estos cursos, que van contra toda norma universitaria, no por la capacitación política, que debiera hacerse, sino por la forma de llevarlos a la práctica, totalmente deformativa e irresponsable. Además, declaró un paro de tres días como manifestación de ese repudio, el cual se cumplió durante los días 1, 2 y 3 de octubre. Durante el mismo fueron detenidos los alumnos Perotti, Contreras, Dupuyret, Fiorito, García y Martínez, pero sufrieron solamente 24 horas de detención.

Convención Nacional de Centros: Convocada por la Federación Universitaria Argentina, se llevó a cabo en la ciudad de Santa Fe durante los días 5, 6 y 7 de septiembre, asistiendo a la misma delegaciones de casi todos los Centros de Estudiantes federados y varias de Centros y Federaciones independientes de universitarios y secundarios. Nuestro Centro envió dos delegados a la Convención, quienes llevaron tres ponencias sobre el tema "Métodos de Acción - Crítica y Posibilidades de Superación" las que fueron aceptadas con pequeñas variantes.

Actuación de socios del Centro en los organismos representativos del estudiantado. Nuestro Centro mereció el honor de ver confiados a sus socios cargos de responsabilidad dentro de las organizaciones representativas del estudiantado. Así, al designarse el año anterior la mesa directiva de F.U.B.A., el compañero Gerardo Andújar ocupó la Secretaría General del organismo.

Asimismo, la compañera Noemí Fiorito tuvo a su cargo la Secretaría de Prensa de la Federación Universitaria de Buenos Aires, reanudándose durante su gestión la publicación del "Boletín" de la Federación.

De todo lo expuesto, surge el hecho evidente del trabajo efectivo de nuestro Centro en el concierto de la organización estudiantil argentina, y en su plano natural de acción, la Facultad. A los que nos suceden, corresponde continuar la acción y superarla, en la inteligencia de que nuestra labor, por pequeña y poco brillante que aparezca hacia el exterior, debido a la enormidad de las dificultades que se le oponen, contribuye eficazmente a mantener latente el espíritu irreductible del estudiantado de obtener, nunca tan merecidamente como cuando es más difícil, la superación de esta etapa disolvente que padece la universidad argentina.

La conciencia siempre viva del estudiantado universitario, manifestada en tantas oportunidades, hace mirar con optimismo el futuro, y, con la colaboración de todos, que tenemos en cuenta al presentar esta Memoria, nuestro Centro de Estudiantes compromete su mejor esfuerzo en ese sentido.

FEDERACION UNIVERSITARIA DE BUENOS AIRES

CENTRO DE ESTUDIANTES DE FILOSOFIA Y LETRAS

COMISION DIRECTIVA

(Período 1953 - 1954)

Presidencia	Rafael Aragón
Secretaría de Notas	Ana B. Ilstein
Secretaría de Ateneo	Martha Mariani
Secretaría de Publicaciones	Susana Maggiora
Secretaría de Docencia	Amanda Toubes
Secretaría de Hacienda	Rodolfo Mario Pandolfi
Secretaría de Ac.	Noemí Fiorito
Secretaría de Relaciones Universitarias.	Roxana Balay

DELEGADOS

2do. Año	Lucía Mendizábal
3er. „	Beatriz Baqueiro
4to. „	Gloria Cucullu
5to. „	A. A. Goutman

SUMARIO

EDITORIAL; ADOLFO PRIETO: *Hacia una biografía de Sarmiento*, pag. 3; ISMAEL VIÑAS: *Eduardo Mallea*, pág. 6; ADELAIDA GIGLI: *Lo mismo de siempre*, página 14; ANGEL JORGE CASARES: *El ser de la muerte*, pág. 17; ANA A. GOUTMAN: *Anverso y reverso de una hipótesis metafísica*, pág. 25; SERGIO WINOCUR: *Presencia del milagro (1º premio de poesía)* pág. 29; A. R. PRIOR: *Vientos del sudeste sobre la ciudad (2º premio de poesía)* pág. 30; FULVIO MILANO: *Nieve fusilada*, pág. 31; V. SANROMAN: *A propósito de la aventura intelectual del siglo XX*, pág. 33; SAN MARTIN Y VIAMONTE: *Oscar Abelardo Masotta, Rodolfo A. Borello, Ángel Jorge Casares, A. A. G.*, pág. 40; PERIFERIA: *M. M.*, página 45; ACTUALIDADES: página 48; DEL CENTRO: página 55.